

EL PAÍS SEMANAL



Nº 2.523 / ENTREGA CON EL PAÍS EL DOMINGO 2 DE FEBRERO DE 2025 EN ESPAÑA Y PORTUGAL



Parar

por Borja Hermoso
ilustración de Sergio García Sánchez



*Pago en 3 meses: con tu Tarjeta El Corte Inglés. Financiación ofrecida por Financiera El Corte Inglés, E.F.C., S.A.V. sujeta a su aprobación. Consulta condiciones de financiación en Viajes El Corte Inglés. Válido para nuevas reservas del 17 de enero al 3 de marzo. Precios "desde" por persona y estancia en ocupación doble y régimen de alojamiento (salvo indicado) para determinadas fechas de salida hasta el 31 de diciembre de 2025. Incluye: vuelos en clase turista ida y vuelta desde Madrid y/o Barcelona, tasas aéreas (sujetas a posibles variaciones) y traslados. Hasta 500€ de cupón regalo de El Corte Inglés: importe del cupón según escalado, para reservas a partir de un importe mínimo de 1.500€, por reserva; reserva por 60€ por persona no reembolsables; 10% de descuento ya aplicado en los precios publicados. Gastos de gestión 15€ por reserva no incluidos. Plazas limitadas. C.I.C.MA 59. HERMOSILLA - 112 - MADRID.



HASTA
10%
DE DESCUENTO

RESERVA
POR 60€

HASTA
500€
EN CUPÓN REGALO DE
El Corte Inglés

SIN GASTOS DE
CANCELACIÓN

PAGO EN
3 MESES*

Egipto a tu alcance

Hoteles y Motonaves 4* + ✈

8 días | 7 noches

Incluye alojamiento y desayuno y pensión completa en El Crucero

649€

Disponibles entradas al nuevo Gran Museo Egipcio

Nueva York - México

Hoteles 4* y 5* + ✈

9 días | 7 noches

Incluye régimen en todo incluido en Caribe

1.925€

Japón espectacular

Hoteles Turista y Primera + ✈

12 días | 9 noches

Incluye 9 desayunos, 6 almuerzos, 2 cenas y visitas

3.150€

India clásica

Hoteles Sup. y Lujo + ✈

8 días | 6 noches

Incluye 6 desayunos, 1 almuerzo y visitas

1.310€

Costa Rica Espectacular

Hoteles 3*, 3* Sup. y Lodge + ✈

12 días | 10 noches

Incluye 9 desayunos, 2 almuerzos, 1 cena y visitas

2.069€

Paseo Argentino

Hoteles 3* + ✈

13 días | 11 noches

Incluye 11 desayunos y visitas

3.400€



EL PAÍS SEMANAL 2.523

16

Reportaje. Parar

Horarios imposibles, perfeccionismo, pantallas, viajes, adicción a las redes, al consumo... Vivimos en una vorágine sin freno que no podemos [o no queremos] detener. ¿O tal vez sí?

26

Entrevista. Bill Gates

"Elon Musk y yo no coincidimos en muchas cuestiones políticas", dice el fundador de Microsoft.



34

Reportaje. Las entrañas de Toledo

Un apasionante y poco conocido recorrido por el subsuelo de la ciudad.

42

Fotoensayo. La vuelta al mundo de Ana Nance

64

Moda. Gant, clásico americano

Conversación con el diseñador sueco Christopher Bastin, director creativo de la mítica marca.

6 Palos de ciego
Javier Cercas

12 La imagen
Juan José Millás

74 Maneras de vivir
Rosa Montero

Ilustración de portada:
Sergio García Sánchez.
Color de Lola Moral

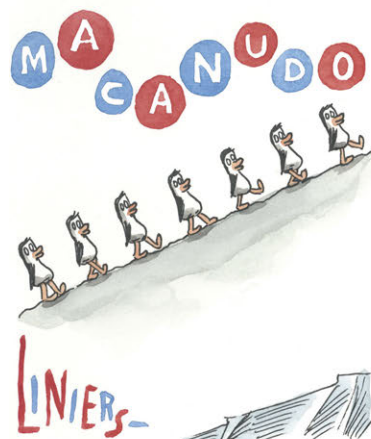
34



26

42





POR LINIERS

PRESIDENTE Y CONSEJERO DELEGADO

Carlos Núñez

DIRECTORA

Pepa Bueno

DIRECTOR ADJUNTO

Borja Echevarría

REDACTORA JEFA

Belinda Saile

DIRECTOR DE ARTE

Diego Areso

REDACTOR JEFE DE FOTOGRAFÍA

Gorka Lejarcegi

EDICIONES EL PAÍS, SLU

Depósito legal: M-20171-2013

ISSN: 1134-6590

Miguel Yuste, 40. 28037 Madrid

Teléfono 913 37 82 00

Caspe, 6, 3ª planta. 08010 Barcelona

Teléfono 934 01 05 00

elpaissemanal@elpais.es

Editado por el Grupo PRISA.

Este suplemento se entrega

con EL PAÍS los domingos.

El precio de los ejemplares atrasados es el doble del de portada.

Impresión. Rotocobrhí. Ronda de Valdecarrizo, 13. 28760 Tres Cantos (Madrid)

© Ediciones El País, SLU. Madrid, 2025



PEFC Certificado

Papel procedente de bosques gestionados de forma sostenible, reciclado y de fuentes controladas
www.pefc.es

EN PORTADA

Una vida sin parar... o con parar. Horarios de trabajo imposibles, perfeccionismo sin límites, *burnout*, adicción a las pantallas, síndrome de urgencia, síndrome del “miedo a perderse algo”, inmediatez sin pausa, exhibicionismo en las redes 24 h/24 h, hiperconsumo de contenidos vacuos, viajes a repetición, cursos de formación, más, más, más... La gama de actitudes, situaciones, chucherías tecnológicas y autoexigencia con o sin causa es infinita en el reino de los pollos sin cabeza. Aquí no hay quien pare..., ¿o sí? El ritmo frenético de nuestras sociedades, tanto en su vertiente laboral como en la ociosa, tiene como denominador común la aparente dificultad cuando no imposibilidad de —en el argot taurino— parar y templar. Los hay satisfechos y orgullosos con esos ritmos. Los hay al límite pero no quieren o no pueden. Parar. Y hasta los hay que se plantean parar y paran. La galería de personajes y situaciones que recorremos en este número quiere ser solo una reflexión en torno a la vorágine y la inercia de nuestro tiempo. **BORJA HERMOSO**

HA COLABORADO



José María Sadia (Zamora, 45 años) trabaja en la divulgación del patrimonio desconocido y en peligro, sobre todo en zonas rurales, con predilección por el arte románico, la arqueología y la Edad Media. Aquí nos descubre las maravillas subterráneas de la ciudad de Toledo.

8 FILMS GRAND HUIT

Javier Cercas

¡Con cabeza, coño!

YO NO QUERÍA ver *El 47*, la película de Marcel Barrena. No quería verla por motivos biográficos: soy uno de los miles y miles de extremeños y andaluces que, como los protagonistas de *El 47*, llegaron en los años cincuenta y sesenta a Cataluña en busca de un futuro imposible en su tierra natal, y me daba pánico que la película incurriera en cualquiera de las trampas incontables con que la demagogia sentimental, la nostalgia embustera o la autocomplacencia política han sembrado ese terreno escabroso (un terreno sin el cual resulta imposible entender la Cataluña y la España recientes).

Mi pánico no tenía sentido. La película es estupenda, sobre todo por su humildad un poco destartalada, su limpia falta de pretensiones y su inconfundible perfume fordiano. Ambientada en plena Transición, *El 47* narra la historia de Manolo Vital, conductor de autobuses de Transportes Metropolitanos de Barcelona y extremeño afincado en Torre Baró, un barrio abrupto de chabolas levantadas con sus propias manos por emigrantes pobresísimos en los años sesenta; en 1978, cuando transcurre lo esencial de la acción, Torre Baró sigue siendo un paraje dejado de la mano de Dios, igual que si Barcelona hubiera decidido que no existe: allí no ha llegado ni el agua corriente, ni la electricidad, ni por supuesto el transporte público. Como algunas películas de John Ford, *El 47* es una fábula sobre la conquista de la ciudadanía. Quizá nadie la personifica mejor que la hija del protagonista, Joana, una adolescente interpretada por Zoe Bonafonte que desea a toda costa ser admitida en la sociedad catalana, mimetizarse con ella, una charnega que se avergüenza de su padre extremeño, de su barrio miserable y de sus orígenes familiares, y que secretamente (o no tan secretamente) aspira a escapar de ellos; hasta que poco a poco intuye que no tiene nada de qué avergonzarse, que, lo quiera o no, ella es también sus orígenes, que nadie tiene derecho a obligarla a elegir entre ellos y el lugar donde vive, que ser fiel a su estirpe de desarraigados es su forma de ser catalana, y que su padre, que simboliza cuanto ella quería repudiar, es la pura encarnación del coraje y la decencia. La intuición

de Joana es exacta. Por lo demás, Manolo Vital es la gran creación de la película: un personaje inolvidable, inolvidablemente interpretado por Eduard Fernández. Como todos los héroes auténticos, Vital no tiene ni la más mínima vocación de héroe. Hijo de un padre fusilado por los falangistas al empezar la guerra, expulsado de su terruño por la inclemencia del franquismo y la desgracia familiar (su primera mujer falleció dejándole un bebé), enamorado hasta las cachas de una monja catalana que ha decidido correr la misma suerte de aquellos emigrantes misérrimos y que cuelga los hábitos por él, Vital exuda liderazgo natural y carisma obrero por cada poro; también, prudencia: consciente de que en 1978 España puede ser formalmente una democracia, pero el franquismo sigue vivo y coleando —y no solo en la policía—, el autobusero no para de reclamar a su gente una contención que algunos confunden con docilidad o sometimiento (“¡Con cabeza, coño!”, se desgañita Manolo, señalándose, furioso, la frente. “¡Con cabeza!”), obra siempre con respeto a la ley y las autoridades y por todos los medios previstos por la nueva democracia intenta obtener para Torre Baró una pequeña y justísima mejora práctica que

La película es estupenda, sobre todo por su humildad un poco destartalada y su inconfundible perfume fordiano



entraña una descomunal revolución simbólica: que su barrio olvidado se integre en Barcelona, y que él y sus convecinos abandonen su condición de parias y se conviertan de una vez por todas en ciudadanos... Hasta que un día se le inflan las pelotas y, harto de que la burocracia municipal se lo quite de encima, en un ataque de locura que en realidad es un ataque de lucidez monta un follón de mil demonios y acaba donde acaban siempre los héroes: en el cielo de los diamantes.

Allí sigue, con su cara de malas pulgas, su barrigón sedentario, su mostacho de granadero y su catalán macarrónico de Valencia de Alcántara. Y allí seguirá mucho tiempo (“¡Con cabeza, coño! ¡Con cabeza!”), gracias a esta pequeña gran película. No se la pierdan. —EPS

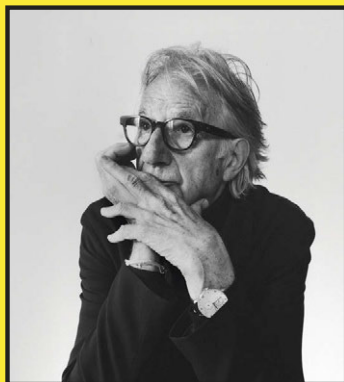
LA FABRICA

VEN A LAS JORNADAS DONDE SE REÚNEN
LAS PRINCIPALES VOCES DEL DISEÑO
INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA
19.02.25 > 22.02.25

PROV

MADRID
DESIGN
FESTIVAL
25

SIR PAUL
SMITH



PETRA
BLAISSE



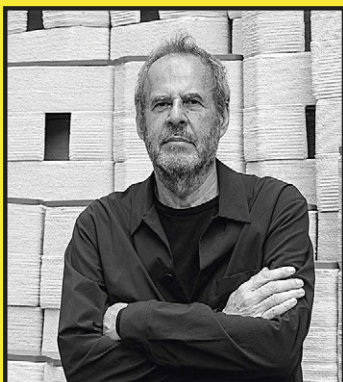
BETHAN LAURA
WOOD



PATRIZIA
MOROSO



MARIO
CUCINELLA



ISERN
SERRA



madriddesignfestival.com

COMPRA
TUS ENTRADAS



Y MÁS DE 50 PROFESIONALES DE TODO EL MUNDO

Con el apoyo de



Ciudad Invitada



Patrocinadores principales



Proyecto invitado



Revista oficial



Patrocinadores



Escuela Oficial





AUDACES

EJÉRCITO ELECTRÓNICO DE SALVACIÓN

Mainline Magic Orchestra es un trío que mezcla la faceta más excéntrica y *performativa* de la cultura de club de los setenta y ochenta con la desprejuiciada e irónica forma de entender la vida de la *memecracia* actual. Su objetivo es expulsar al reguetón de la pista de baile y devolvérsela a los raros.

POR JIMENA MARCOS
FOTOGRAFÍA DE VICENS GIMÉNEZ

EN TORROELLA DE Montgrí, Girona, hay un *skatepark* gris y anaranjado, con barras, escalones y bajadas donde los chavales van con sus patinetes a pasar la tarde. Cuando Nile y Daniel tenían 13 años y eran “los pequeños” del grupo, solían ir a este lugar a menudo. Allí conocieron a Joan, dos años mayor que ellos. Joan vivía frente al parque y su familia dejaba la puerta de casa siempre abierta. A Joan lo conocían porque era el tipo de 15 años que bajaba al *skatepark* con un contrabajo y se ponía a tocar.

—¿Y qué tocabas?

Ninguno de los tres lo recuerda. Joan tenía unos platos de DJ en su habitación y cuando Nile y Daniel entraban en su casa, se lo encontraban bailando solo.



En las dos imágenes, los miembros de Mainline Magic Orchestra, en Barcelona. En esta página, los acompaña la perra Winona.

—Era un poco friki y hacía cosas raras que nos gustaban. Además, él nos introdujo en la electrónica.

Joan Serinyà Gou (John Heaven), Nil Muriscot Martí (Nile Fee) y Daniel Dalfó Ferrer (Daniel 2000) son Mainline Magic Orchestra. Una banda de *house* luminoso que se ha popularizado gracias a su chiflada propuesta escénica. En cada concierto construyen un mundo de visuales y *performance*. Pero, primero, estaba la seriedad.

Joan empezó con el contrabajo a los nueve años, trabajó tocando sardanas y en una orquesta sinfónica hasta los 18. Más tarde, y de manera puntual, acompañó al gran Raphael en el Palau Sant Jordi durante la gira *Resinphónico*. Dice que no se puede desvincular del instrumento ni aunque quiera, porque es probable que, si

lo vende, sea su padre el que lo vuelva a comprar. Daniel y Nile también estuvieron vinculados a la música, aunque desde un lugar distinto. Estudiaron Ingeniería de Telecomunicaciones e Ingeniería de Diseño de Producto, respectivamente. “Yo acabé diseñando ferreterías”, añade Nile. Los dos trabajaron desde los 17 hasta los 23 en una empresa de DJ de bodas para pagarse la carrera. Sonaban siempre *Halo*, de Beyoncé, y *Alegría*, del Circo del Sol.

—¿Y pinchabais algún tema que os gustase a vosotros?

—No sé si había ganas de hacerlo.

Las ganas llegaron años más tarde, cuando la radio comunitaria *dublab.es*, donde Daniel y Joan hacían el programa *Chumba Chumba*, les propuso pinchar en una de sus fiestas. Aquella primera vez se juntaron

Joan tocó el contrabajo en la gira *Resinphónico*, de Raphael, y Daniel y Nile fueron DJ de bodas para pagarse la carrera

con otros cuatro e improvisaron con bases de *house*. Les gustó tanto la experiencia que decidieron montar otra sesión, tocar algún tema propio y vestirse como el personaje de la televisión chilena El Chacal de la Trompeta: con un chándal negro y un chaleco blanco de goma EVA. Luego fueron añadiendo cada vez más elementos a la *performance*: futbolistas, magos, osos gigan-

tes, culturistas... Ahora, dicen, están intentando equilibrar el espectáculo con la música. “No salía rentable, teníamos que pagar a mucha gente para que cada uno hiciera su tontería”.

Entre esas “tonterías” estaba también entrar al escenario escupiendo fuego, en procesión con cientos de “jevis metaleros” o en una ambulancia con Joan fingiendo ser un perro.

—Salió de la ambulancia a cuatro patas y se puso a morder a la gente.

Ríen mientras enseñan los vídeos de los *shows*. Están sentados en un largo banco de madera frente a la cocina de la casa de Daniel en Barcelona. Detrás de ellos, hay varios muñequitos Sonny Angel y, en el salón, Sylvanian Families y juguetes de *Toy Story*. Son de la cantante y compositora Amaia. Daniel, además de su productor y director creativo, es su pareja.

Mainline Magic Orchestra, MMO, son irónicos —sobre todo, Daniel—, hablan bajito y con cuidado —sobre todo, Nile— y son lúcidos y cándidos

En 2024, los MMO publicaron *Harri Potter*, su primer álbum. Una mezcla de bases, letras cacofónicas y ruidos varios

—sobre todo, Joan—. Los tres aceptan ponerse el aparatoso traje que utilizan en sus conciertos, pintarse la cara de blanco y hacer poses extrañas para esta sesión de fotos. Lo hacen con una calma subacuática, aparentemente impropia de los que trabajan en el mundo de la electrónica.

Sus referencias tienen sentido: Locomía, Yellow Magic Orchestra, el *house* de Chicago, los DJ Zanzibar Chanel, cualquier sonido bajo el sello Public Possession y, por supuesto, Yello, aquel dúo suizo de los setenta cuyo *hit Oh Yeah* suena cada vez que

entra en escena un personaje con mucho *sex-appeal*. Joan menciona también a un niño en TikTok que se parece al original Niño Corneta, aquel que versionaba, soplando con los paletos en los labios, el tema *Ni una sola palabra*, de Paulina Rubio. Cuando pregunto qué música están escuchando, responden “sardanas”, y cuando pido que expliquen qué hace cada uno en el escenario, Daniel contesta:

—Yo juego al solitario, Nile al ajedrez y Joan grita.

John Heaven es el *showman*, la voz principal y el encargado de algunos sintetizadores. Nile Fee lanza los *samples*, alguna secuencia y toca melodías. Y Daniel 2000 se encarga de la percusión y de hacer las voces secundarias junto a Nile.

En 2024, los MMO publicaron *Harri Potter*, su primer álbum. Una mezcla de bases, letras cacofónicas y ruidos varios que resuena a *Baile*, la versión de la banda Emociones Clandestinas que popularizó el dj y productor chileno Ricardo Villalobos, y que los Mainline versionaron en su debut. Y aquí reside su éxito: pueden permitirse escribir una letra que diga “¿alguien me puede dar un cigarrito?” y proyectar los vídeos más excéntricos de TikTok en sus conciertos porque son pulcros y afinados a la hora de elegir y componer cada tema.

La cultura club en España se fue desinflando poco a poco hasta lo que conocemos hoy. “El público de los clubes no tiene muy claro quién está pinchando, la cultura que hay en España está más centrada en salir, socializar y bailar. Creo que las generaciones más jóvenes están revirtiendo esto un poco, aunque no sé si es una sensación”. Esta sensación que tiene Joan quizás existe. Hay un movimiento sísmico muy lento y sutil en el que la electrónica va recuperando el lugar que el reguetón le arrebató.

—Creo que no conocía a nadie que hiciera lo que hacéis vosotros.

—Por algo será. —EPS

De izquierda a derecha, Daniel 2000, John Heaven y Nile Fee.



INSHALLAH

إن شاء الله

AFGANISTÁN, DONDE ALÁ
ABANDONÓ A LAS MUJERES



Documental exclusivo

EL PAÍS viaja de la mano de Unicef al corazón de Afganistán, un país en el que las niñas ya saben que tendrán que dejar la escuela, y las mujeres, fingir que nunca estuvieron en ella.



EL PAÍS 

Juan José Millás

El peor de los domingos por la tarde



LO QUE NOS conmueve de algunos perros es lo que comparten con nosotros: la ansiedad, el desamparo, aunque también los momentos de euforia loca. El de la foto, por ejemplo, intenta no derrumbarse por su situación de abandono (vive en un hospicio), aguanta el tipo, en fin, pero se le nota en la mirada la necesidad apremiante de que llegue alguien y le haga una caricia. Ahí lo tienen, pobre, en una jaula en la que se ha puesto de pie, con las patas delanteras (¿las manos?) apoyadas en el borde inferior de la ventana, mirando lejos, lejos, en la esperanza de que se manifieste una figura humana capaz de procurarle algún consuelo. Y eso que, como decíamos antes, parece un tipo duro, un tipo que finge que no está asustado, aunque lo está, quizá más ante sí mismo que ante cualquier posible espectador. Pero los

tipos duros, lo mismo que los blandos, son capaces de disimular hasta donde les permite el desasosiego. Si a este pariente le dices algo cariñoso, se derrite.

El perro nos acompaña desde hace miles de años (40.000, quizá). Fue el primer animal que se acercó a nuestras hogueras y con el que empezamos a compartir el calor y la comida. Lo hemos moldeado como a un pedazo de arcilla para recrearlo a nuestra imagen y semejanza. Fruto de esa manipulación, de ese amasado, han salido el caniche y el dóberman, por citar un par de ejemplos, pero hemos alumbrado también amigos como el de la imagen, canes híbridos, chuchos, que curiosamente son los que más se parecen a nosotros porque su soledad nos trae a la memoria la del peor de los domingos por la tarde de nuestra adolescencia. —EPS

CIUDADES. LA MISMA ESQUINA, LA MISMA FOTO

Hordas de creadores de contenido se aglomeran en los lugares más emblemáticos del mundo en tal cantidad que asustan hasta a los turistas.

POR MIQUEL ECHARRI

NADIE QUIERE VIVIR en un lugar frecuentado por *tiktokers*. Lo explicaba hace unas semanas la periodista Clio Wang en un artículo de la revista *Curbed*: entornos como Dumbo, el barrio neoyorquino que hace apenas cinco años se publicitaba como la alternativa genuina y plácida al Soho, se han convertido en territorio inhóspito por la presencia casi continua no ya de hordas de turistas, sino de *influencers* con trípode y coleccionistas compulsivos de selfis que hacen largas colas, mientras se peinan y se acicalan, para captar imágenes icónicas como la del puente de Manhattan entre las fachadas de ladrillo rojo de la calle Washington. Wang describe a *tiktokers*, *instagramers* y demás ramas del mismo árbol como especies invasoras que degradan y desvirtúan los ecosistemas urbanos en los que proliferan. La mayoría acude en busca de una imagen concreta, que ha captado su atención en alguna de sus redes sociales de referencia, y a lo único que aspiran es a reproducirla metiéndose ellos dentro. Yo estuve allí.

Turistas se fotografían, en Brooklyn, Nueva York, con el puente de Manhattan de fondo.



Fotografía de Beata Zawrzel (NurPhoto / Getty Images)

Esta banalización industrial de lo peculiar se estaría produciendo en ciudades de todo el mundo. En el barrio parisíense de Batignolles, en el londinense Sky Garden, en el Trastévere romano, en los madrileños templo de Debod y mercado de San Miguel, en el antes recóndito puente de Staalmeestersbrug, en Ámsterdam. En Barcelona, revistas como *Time Out* han contribuido a identificar rincones de postal no hace mucho inéditos, como la pintoresca y circular placeta Milans o los jardines Laribal, cuajados de cipreses y fuentes.

Al fotógrafo profesional Jordi Adrià le resulta descorazonadora esta proliferación de coleccionistas de imágenes: “Es lo contrario a la fotografía tal y como yo la entiendo. Todos buscan la misma foto, con la misma luz, el mismo ángulo y el mismo encuadre. Incluso le aplican después el mismo filtro”.

Hilos recientes en espacios participativos como Quora o Reddit plantean sin ambages una pregunta incómoda: “¿Por qué todo el mundo odia a los *influencers*?”. Emily Furlong, en la revista *Medium*, plantea que lo que en realidad inspira “odio” es la palabra *influencer* en sí, con su pretensión implícita de ejercer un poder (el de la influencia) que nadie te ha otorgado, y eso explica que los propios *influencers* rehúyan cada vez más la etiqueta y prefieran referirse a sí mismos como simples creadores de contenido. Sarah Manavis asegura en *The Guardian* que por cada seguidor del nuevo *star system* que se está consolidando en las redes sociales hay al menos un antifa, un detractor militante. Estos últimos se reúnen en entornos digitales como Tattle Life, Guru Gossip o Blogsnark, y llevan su inquina a extremos de tan dudoso gusto como celebrar las muertes accidentales de *influencers* que caen al vacío desde azoteas, cornisas, miradores y puentes o son engullidos por riadas y golpes de mar.

Lucy Morgan, en *Glamour*, atribuye semejante animadversión al estilo de vida disparatado y la arrogante ingenuidad de algunos creadores, pero también a un malentendido generacional: los *influencers* suelen ser jóvenes rechazados por la facción más resentida y cerril de la sociedad adulta. La *tiktoker* Renée Rodan va un paso más allá: en su opinión, gran parte de los que desprecian a las estrellas emergentes de internet lo hacen porque “en el fondo les gustaría ser una de ellas”. Pero también aporta un consejo: si aspiras a ser un verdadero *influencer* y que no te odien por ello, no te comportes como si lo fueses. Es decir, mantén un perfil bajo. Y cuando veas un redil de coleccionistas de imágenes digitales esperando para retratar el puente de Manhattan, huye, porque esa no es tu guerra. —EPS

A pesar de que el matrimonio y las relaciones como se han vivido tradicionalmente se cuestionan cada vez más, los sentimientos sobre los que se basan siguen vigentes.

LA MISOGAMIA NO HA MATADO EL AMOR

POR SILVIA CONGOST
ILUSTRACIÓN DE MARÍA HERGUETA

HACE UNOS DÍAS, en una cafetería de Madrid, escuchaba de fondo al gran Jorge Drexler con su himno a la eterna metamorfosis de todo cuanto nos rodea, que reza “nada se pierde, todo se transforma”. También los seres humanos estamos en constante proceso de cambio y evolución. Nuestra forma de ser, de comportarnos, de ver el mundo y de interactuar con él cambia constantemente y estos cambios nos van moldeando a su vez a nosotros mismos.

Y como las relaciones humanas son uno de los temas más importantes en nuestras vidas, por ser lo que le da verdadero sentido —lo que también las puede convertir en una experiencia placentera, nutritiva y provechosa o, por el contrario, en la peor de las pesadillas—, observarlas y analizar en qué momento de la evolución humana nos encontramos como sociedad en este ámbito debería ser una tarea de obligado cumplimiento.

Cada vez más se escucha un nuevo término: la misogamia. El origen etimológico de esta palabra es esclarecedor: *miso*, de origen griego, significa odio; y *gamia*, también en griego, quiere decir relación muy íntima o matrimonio. Pero ¿realmente se está multiplicando la misogamia? ¿Odiamos casarnos? ¿Odiamos el matrimonio? ¿Las relaciones? ¿El compromiso? ¿La monogamia? ¿La familia? ¿Tanto hemos cambiado en las últimas décadas? Desde la psicología se sigue ob-

servando que, por mucho que cambie la sociedad y nos transformemos, cuando nos implicamos en una relación seguimos sintiendo las mismas cosas, seguimos teniendo los mismos miedos y seguimos buscando modelos y formatos que nos permitan crecer y evolucionar juntos. Lo que sí ocurre es que la evolución de nuestra sociedad nos ha llevado a cuestionar más nuestras acciones, a hacernos más preguntas, a poner más límites y a tomar decisiones de forma más consciente.

En lugar de preguntar si aún creemos en el matrimonio, quizás la pregunta pertinente sería si seguimos creyendo en el amor. Y, por mi propia experiencia en consulta, sabemos que la respuesta es un sí. Sin ninguna duda.

Lo que ha cambiado es el modelo y la forma de vivir el amor. Muchas personas sienten que ya no encajan en los viejos moldes. Nos sentimos distintos y los modelos de antaño ya no siempre sientan bien, pueden hacerse incómodos. Esto nos empuja a buscar otros en los que estemos mejor, en los que podamos crecer y seguir desarrollándonos.

En ocasiones rechazamos el matrimonio por razones casi prácticas, como no poder hacer frente al desembolso económico que implica. Otras, porque ese “hasta que la muerte nos separe” puede parecernos cada vez más intragable e incoherente. Esa promesa de algo que la experiencia, nuestro entorno y la propia historia nos ha demostrado que es poco probable puede crearnos rechazo e incluso cierto pavor.

Pero cuidado, esto no significa que, cuando estamos en una relación, no busquemos un compromiso serio



y duradero. No significa que no queramos amar y vivir junto a alguien que nos acompañe a lo largo de nuestra vida e, incluso, que esa relación dure para siempre. Alguien que nos recuerde que el amor es nuestra esencia, lo que somos y de dónde venimos.

Que la experiencia y la observación nos haga creer menos en el concepto del matrimonio y sintamos menos la necesidad de vivirlo como nos han enseñado no significa que ya no creamos en el amor, que no lo busquemos. Por ello, tanto aquellos que lo manifiestan abiertamente como los que reniegan de él después de haber sido heridos en relaciones pasadas, la búsqueda del amor sigue vigente.

Como dijo Spinoza, sin ese algo que esté unido a nosotros y que nos reconforte, no podríamos existir. Por ello preferimos estar acompañados antes que estar solos. Y si se trata de una relación de pareja que suma y que aporta valor a nuestra vida, siempre será mejor que renunciar conscientemente a ello por miedo a sufrir.

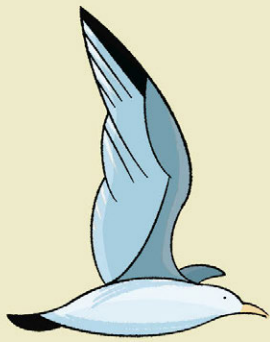
Al fin y al cabo, el sufrimiento que experimentemos dependerá de nuestras habilidades para transitarlo. Así que aprendamos mejor a manejarlo y fluyamos libremente. El amor no deja de ser energía, y, para algunos, es la más poderosa y satisfactoria que existe. —EPS

—
Silvia Congost es psicóloga.

P A R A R

REPORTAJE

por Borja Hermoso
ilustración de Sergio García Sánchez



No hay pociones mágicas para frenar en medio de la pendiente, su locura digital, virtual, laboral, exhibicionista y consumista una historia de personas que un día se plantearon cambiar

T

ANTO LA CITA filosófica que sigue a estas líneas como los seis casos expuestos a continuación (seis conversaciones ficticias de lo más reales, incluso en absoluto ficticias, sino sacadas del cotidiano quehacer popular) apuntan a lo mismo: gracias a la montaña rusa a la que se subió hace ya tiempo y en la que sigue montado, el género humano empieza a parecerse peligrosamente al de los pollos sin cabeza. Adicción laboral, *burnout*, adicción tecnológica, exhibicionismo en las redes 24/7, consumo de inacabables dosis de material *radiactivo* en internet, viajes a repetición con o sin ton ni son, horarios irreales, clases particulares, “experien-

cias”, cursos, reuniones de planificación apenas planificadas pero largas como ellas solas, cenas, comidas, meriendas, aperitivos, tardeos, quedadas, dale que te pego como si no hubiera un mañana..., aunque casi lo que no va quedando ya es un hoy. Todo ello contribuye a que los problemas de salud mental se hayan convertido en uno de los campos profesionales más prometedores de la medicina. El Oxford English Dictionary eligió *brain rot* (“cerebro podrido”, o más allá de eso, “podredumbre mental”) como el concepto del año 2024. Por algo será. La autorreflexión está ahí, permanente: “Esto no me gusta, tengo que parar”. Luego nadie lo hace, o casi nadie, o poca gente lo hace. Algunos, sí.

“Todas las desgracias del ser humano se derivan del hecho de no ser capaz de estar tranquilamente sentado y solo en una habitación” (Blaise Pascal, *Pensamientos*, 1669).

Caso 1.

—¡Dime, pero corre que voy a embarcar! (...). ¡No, mañana no puedo, todo el día reunido! (...). ¡Pues tampoco, vuelvo muy tarde y el jueves me voy a París! No, el sábado nos vamos a Cádiz, ¡joder, ya verás qué atasco, y ya el lunes vuelta a empezar con el puto jaleo, si es que habría que descansar de los fines

de semana! (...). ¡Vale, pues cuadramos las agendas y si eso ya quedamos la otra semana! (No quedarán, claro, ni esa otra semana ni la otra ni la otra).

Caso 2.

—Como te lo cuento. Mi cuñado vive en Nueva York y su mujer y los niños aquí. Sí, es que trabaja en una megaconsultora de esas. Gana una lana, claro. ¡Y viene cada viernes y se vuelve el domingo! Hace Nueva York-Barcelona, y cuando llega a casa, no te lo pierdas, coge el coche y se va a la Costa Brava. Que quiere navegar, dice. Un día le pega un infarto.

Caso 3.

—Voy a por Irene al ballet, tú vete a por Iker a básquet y ya llevo yo mañana a Iker a chino, pero entonces tú llevas el viernes a Irene a hípica y el lunes a la psicóloga, ¿eh?, ya llevaré yo a Iker el domingo al cumpleaños. ¡Acuérdate de que hay que apuntarles a los dos para el viaje de la semana blanca y el intensivo de inglés!

Caso 4.

—¡A cenar!
—¡Estoy subiendo el trabajo de Biología!
—¡Pero si es sábado!
—Ya, pero como hacemos todo con el *ipad*, nos hacen subirlo en fin de semana. ¡Mierda, disponibles las 24 horas!
—Yo estoy con mis amigas en TikTok y luego quería mirar el Instagram, que si no mañana no me da tiempo a subir las *stories*. ¡Ay, ven, que voy a

pero que hay pendiente y que a las sociedades modernas y no les vendría mal parar la inercia, pocos lo niegan. Esta es y corregir la vorágine de sus vidas. O, al final, no hacerlo.

hacer el BeReal! Oye, papá, ¿tú, cuando no existían las redes sociales, cómo llenabas el tiempo?



Caso 5.

—Tío, me han hecho director adjunto.

—¡Joder, enhorabuena!

—Sí, de puta madre, una pasta. Eso sí, en casa pondré una foto mía, porque ni me van a ver. Ya me han dicho: unas 12 o 13 horas al día de curro..., menuda mierda, ¿no?



Caso 6.

—¡Hola!

—Dime, corre, estoy liado.

—¡Que he sacado billetes para el finde para Düsseldorf!

—¿Y qué demonios hay en Düsseldorf?

—Mmmm, no sé..., pero estaban a 45 euros, hay que aprovechar, ¿no? Lo único es que salimos a las 5.30 el sábado y volvemos a las 0.30 del lunes.

—Ah, pues qué bien, qué finde tan relajante.



El novelista, ensayista, meditador, superventas editorial (*Biografía del silencio*) y sacerdote Pablo d'Ors sostiene que la razón por la que no queremos quedarnos solos en esa habitación a la que aludió Pascal hace casi 400 años es que tenemos miedo al vacío. Que, en definitiva, la gente se tiene miedo. Puede.

Los bombardeos de la sobreinformación, la sobreexposición y la sobreoferta se ven obsesiva y eficazmente reforzados por esa majestuosa compota de Gran Hermano orwelliano, club universal narcisista, perversa arma electoral y parque de bolas planetario llamada “las redes sociales”. Tan claras son sus virtudes como que estas ya empiezan a palidecer frente a sus nocivos efectos y peajes, según sostienen hasta algunos de los grandes pioneros y gurús del mundo virtual (véase Jaron Lanier y su libro *Diez razones para borrar tus redes sociales de inmediato*, editorial Debate). De todo ese estado de cosas ya escribió el llorado Nuccio Ordine en su tratado *La*

utilidad de lo inútil (Acantilado), donde se decía aterrado ante el avance imparable de la *quantitas* frente a la *qualitas*. Bien conoce también estas cuestiones el pensador francés Gilles Lipovetsky, analista implacable de los tics y mutaciones de nuestras sociedades posmodernas, que en su último ensayo traducido al español, *La consagración de la autenticidad* (Anagrama), clava negro sobre blanco el actual estado de cosas en el no parar digital/virtual. Lipovetsky escribe: “Es el momento de la democratización de las prácticas de exposición de sí, convertidas en un modo de comunicación cotidiana y banalizada”, y establece inquietantes conceptos como “el *show* de sí”, “el espectáculo público de la personalidad subjetiva”, el “egocasting” y el “hiperego”..., otras tantas versiones de lo que él considera como “el exhibicionismo narcisista”.

La que sigue es una contradictoria galería de personajes y situaciones vitales que supone una reflexión —teórica y práctica— en torno al concepto “parar”. En ella se cruzan quienes de manera gradual o radical y por diferentes razones decidieron un día hacerlo —parar sus vidas y empezar otras—, quienes se lo plantearon seriamente y acabaron decidiendo no hacerlo, quienes creyeron que simplemente necesitaban un alto en el camino —pero que lo necesitaban sí o sí—, quienes hablan y aconsejan a otros acerca de cómo replantear o corregir el rumbo e incluso quienes consideran nocivo o no conveniente “parar”.

La empresaria y alta ejecutiva Olga Cuenca es de las personas que echaron el freno. De forma gradual y, al final, en seco. En 2011, tras asomarse al abismo, decidió vender su participación en Llorente & Cuenca (LLYC), la consultora de comunicación que había fundado 16 años antes junto a José Antonio Llorente, fallecido el 1 de enero de 2024. Juntos habían convertido una ilusionante *start-up* en una multinacional con delegaciones en una docena de países. Hasta que ella hizo crac. Hoy, Olga Cuenca se dedica a la creación plástica —con preferencia por la fotografía y la escultura— bajo el nombre de Ty Trias. En el estudio del madrileño barrio de Tetuán al que acude cada mañana, explica su personal experiencia de cambio: “Paré tras cuestionarme si realmente merecía la pena perder la salud y la vida personal tras 15 años

REPORTAJE

de jornadas laborales interminables y viajes extenuantes por todo el mundo. Vivía en los aeropuertos y en los aviones, no veía a mi familia, no tenía tiempo para el ocio, ni para el deporte, ni para la salud, tenía abandonado a mi marido, tenía un hijo de 13 años y pensaba que me lo estaba perdiendo y que un día se iría y ya no lo vería más. Y un día fui al médico y me dijeron que tenía tres enfermedades autoinmunes..., todo mal..., mi cuerpo había dicho ‘basta’.

Así que Cuenca, que había hecho la carrera de Medicina pero tenía clavada desde niña la espina del arte, se marchó a Londres a formarse en la prestigiosa Slade School of Fine Art. Hoy admite que no sería honesta si no tuviera claro que el suyo es un caso de absoluto privilegio. Ella quiso parar y paró... porque podía. No es el caso, desde luego, de miles y miles de personas que bien a gusto dirían “hasta aquí” y constatan que los deseos bonitos se han de quedar en eso y que a la mañana siguiente esperan el despertador, los viajes quien los tenga, las tareas pendientes, el cansancio físico y mental, la frustración laboral, el jefe insostenible, los empleados inaguantables... Todo es dinero. Y las posibilidades reales de otra vida porque esta no nos gusta, también. Y sin embargo, Olga Cuenca concluye: “Creo que, cada cual a su nivel, puede parar si lo desea de verdad. Y desde luego parar te hace volver a conectar contigo misma, con el ‘tú’ auténtico”.

Un caso de parón radical fue el que protagonizó en diciembre de 2011 la presentadora de televisión Beatriz Montañez, por aquel entonces uno de los rostros más populares de uno de los programas más conocidos, *El intermedio* (La Sexta). Una mañana, al salir de una reunión, Montañez decidió dejarlo todo, dijo a sus jefes que se iba y se fue con lo puesto y poco más a vivir a una casa sin calefacción ni agua corriente en mitad de la nada, si a un punto indeterminado de la sierra valenciana se le puede llamar la nada. No expuso grandes razones para explicar su viaje. Cambió el estrellato por las estrellas. Y solo 10 años después, cuando publicó su libro *Ni adela* (Errata Naturae), en el que recrea de manera entre poética y desoladora su exilio rural, dio alguna entrevista donde apuntaba confusas aunque sentidas explicaciones sobre un estado de no retorno a la vida que estaba llevando.

Esta periodista y guionista de cine y televisión formada en Estados Unidos, que ganó un Goya por *Muchos*



1.

Olga Cuenca no pudo más y cambió de vida: de ejecutiva a artista.

2.

Beatriz Montañez dejó la televisión y se retiró a la vida rural. En ello sigue.

3.

Toni Kroos renunció al fútbol el pasado julio, en lo mejor de su carrera.

hijos, un mono y un castillo y un Ondas por *El intermedio*, nunca volvió a esa vida. Hoy sigue —ya no en Valencia, sino en un lugar indeterminado que prefiere no revelar— apartada del “mundo”. “Ahora estoy en una aldea de montaña, una aldea semiabandonada, rodeada de ruinas, pues eso soy un poco”.

Preguntada sobre si su experiencia personal le permite o no sostener que “parar” es aconsejable o necesario para cualquiera en medio de la inercia, Beatriz Montañez responde: “Es salud. Un monje, en mi estancia en un templo zen, me dijo: ‘En la vida avanzar significa dar dos pasos hacia atrás’”. Preguntada sobre si considera que aquella decisión de hace 14 años supuso un cambio definitivo, un paréntesis o una cura, responde: “Es todo a la vez. La vida es un continuo cambio definitivo, pero es también un paréntesis, pues nos encontramos en continua evolución y cada paréntesis marca un necesitado momento de reflexión. El resultado siempre será algún tipo de curación”.

Pero como esta no es solo una historia sobre parar, sino sobre la posibilidad de hacerlo y también la de no hacerlo, nos sentamos con la psicóloga clínica y escritora Inma Puig en su gabinete de la zona alta de Barcelona. Ella no las tiene todas consigo. Es más, tras un educado tanteo, se suelta y defiende su tesis: no hay que parar. Mejor “corregir haciendo”. Para Puig, especializada en psicología empresarial y familiar, antes psicóloga del Fútbol Club Barcelona, actual colaboradora de los hermanos Roca en su restaurante El Celler de Can Roca y autora del libro *La revolución emocional*, hay que distinguir entre conceptos como “parar” y “querer cambiar”, no necesariamente equivalentes bajo su punto de vista:

“Hay gente que no quiere parar, que lo que quiere es cambiar. Y el cambio se puede hacer sin parar; hay gente que no deja su vida pero que poco a poco va yendo hacia donde quiere, no hacia donde la vida le había marcado”.

Cuidado con las falsas salidas y con los atajos preciosamente envueltos en paquetitos regalo, previene Inma Puig. “Hay gente que decide dejar su trabajo y para en seco para pensar en lo que de verdad quiere hacer. Y algunos se ponen entonces a hacer retiros de silencio, de *mindfulness*, de meditación, de yoga, de taichí, etcétera, pensando que de ahí le vendrá la iluminación. Y yo en cambio creo que el cambio se puede hacer mejor en movimiento, sin tener que ser tan radical. Pienso que es más difícil saber lo que quieres cuando estás parado que cuan-

do estás en movimiento”. Ella ha trabajado con decenas de deportistas de élite, sobre todo futbolistas y tenistas. “Y cuando estuvieron mal, jamás les recomendé parar, sino ponerse en tratamiento, pero mientras seguían jugando, porque parar en seco podía resultarles nocivo”.

Uno de ellos fue Andrés Iniesta, al que una depresión en 2009 le hizo llegar a pensar en dejar el fútbol cuando era una de las estrellas del Barça y del fútbol mundial y meses antes de marcar en Sudáfrica el gol que le daría a España su primer Mundial. Años más tarde, sin ir más lejos en abril del año pasado, ya recuperado por completo de aquella dolencia mental y en el transcurso de una larga conversación en el emirato árabe de Ras al Jaima, donde se acabaría retirando como futbolista poco después con 40 años, Iniesta nos hablaba así de la palabra que más le rondaba entonces en la cabeza: “Parar”. En su caso, por pura cuestión biológica: “Hay días en los que el cuerpo me dice ‘basta’, no tanto cuando estoy en el campo, sino en el antes y en el después. Hay un cúmulo de cosas que hacen que si antes había al mes cinco días en los que pensaba ‘ya está bien’, ahora hay 15. Habrá un día en que yo me diga a mí mismo ‘ya está’. Y será entonces: cuando los ‘no puedo más’ ganen a los ‘sí

de ‘la autocolonización’”. Escribía el autor del libro *No sufrir compañía* (Acantilado): “La autocolonización a la que se somete cada individuo de manera voluntaria, un individuo asediado que no se deja en paz a sí mismo, autoexplotado, angustiado por sus día a día crecientes necesidades materiales y ocio embrutecedor, entregado al autoexpolio personal con su avidez de identidad, súbdito de las redes sociales más vergonzosas, que lo manipulan sin respiro e impulsan a una vida adosada sin vistas a ninguna parte más que a una pantalla...”. Sin duda alude Ramón Andrés —aun de forma inconsciente— a lo que algunos psicólogos han identificado como el síndrome FOMO (en sus siglas en inglés, *fear of missing out*, en castellano algo así como el miedo a perderse algo).

Su colega el novelista donostiarra afincado en Alemania Fernando Aramburu también ha echado el freno recientemente. Al menos en una de sus facetas, la de columnista de prensa y más concretamente en la última página de EL PAÍS, cuyo hueco de los martes abandonó el 5 de noviembre con la columna *Despedida*. En ella, y en un ejercicio de honestidad intelectual poco frecuente, escribió: “La cesta está vacía y a mí me falta energía y estímulo para llenarla. Creo sinceramente que no tengo

BEATRIZ MONTAÑEZ DEJÓ ‘EL INTERMEDIO’ Y LA TELEVISIÓN. “AVANZAR ES DAR DOS PASOS HACIA ATRÁS”

puedo”. Ese día le llegó a Iniesta el 8 de octubre pasado cuando, entre lágrimas, anunció que dejaba el fútbol.

La biología también jugó un papel decisivo en otros adioses y parones recientes en el deporte de élite, como el de Rafa Nadal, cuyo supersónico cuerpo dijo “hasta aquí”. También la mala fortuna hace de las suyas: las lesiones de rodilla de Carolina Marín, estrella mundial del bádminton. Pero hay otras casuísticas. Los problemas psicológicos como causa de fuerza mayor: la diosa de la gimnasia artística Simone Biles y su caída del cartel en los Juegos de Tokio 2020 por problemas de salud mental (y su fulgurante regreso en los de París de 2024). O simplemente, las ganas de dejarlo todo cuando estás probablemente en lo mejor de tu carrera: el futbolista del Real Madrid y de la selección alemana Toni Kroos anunció su retirada en mayo de 2024 (“quiero acabar en el mejor momento..., que es ahora”) dejando un agujero negro en el sistema de juego del club blanco.

Ahora dejemos de lado el factor biológico. En uno de sus (siempre reveladores) artículos, en este caso uno publicado recientemente en la revista *El Cultural*, el ensayista, poeta y músico Ramón Andrés trató el concepto

gran cosa que aportar. Incluso abrigó la sospecha de que poco a poco me he ido convirtiendo en un desplazado de mi época; que he dejado de entenderla y que mis opiniones se asemejan cada vez más a un paraguas abierto en medio del huracán”. Durante su visita de diciembre a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (FIL), y preguntado por su decisión, Aramburu contestó con esta frase lapidariamente breve que suponía un aviso a navegantes: “He desconectado y tengo que decir que no es difícil desconectarse de la actualidad”.

De desconectar, o al menos de intentar no caer víctimas de la adicción tecnológica y laboral, tratan los cursos, talleres y charlas que desde la fundación The Self-Investigation (la investigación de uno mismo) imparten la periodista Mar Cabra y sus colaboradores. Su público: otros periodistas. Esencialmente, aquellos cuya salud física y sobre todo mental entra en zona de riesgo por culpa del *burnout*, el tecnoestrés y las a menudo deficientes condiciones laborales, pero también del eterno autoconvencimiento de tantos y tantos periodistas de que son imprescindibles en todo momento, lugar y condición, lo que, no se negará, es un bulo en sí mismo. Ella resume

REPORTAJE

su actual actividad profesional como “la historia de la que se quemó y ahora ayuda a que otros no se quemen”.

Mar Cabra sabe de lo que habla. El 28 de junio de 2020 esta periodista madrileña, que entonces tenía 37 años y que había ganado un Premio Pulitzer gracias a su labor de coordinación en la investigación y publicación de los llamados Papeles de Panamá en el seno del Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación (ICIJ, por sus siglas en inglés), escribió un artículo en este diario. Su título: *Cuando la mente cae esclava de la tecnología*. En él relató su particular vía crucis, un no parar que la llevaba por todo el mundo concediendo entrevistas y protagonizando charlas, conferencias y cursos. “Aquello era una inercia peligrosa, iba de Nueva York a Katmandú y de Katmandú a San Francisco y de San Francisco a Nueva York, daba charlas delante de 3.000 personas y luego me volvía a España y poco después volvía a Nueva York y otra vez a España, y me entrevistaban en *El intermedio* y mis redes sociales petaban..., y eso de la adrenalina engancha mucho, ¿sabes?, era adictivo, el momento más *rock star* que he tenido en mi vida”.

Pero de repente su cuerpo empezó a enviarle señales. Una de ellas, en pleno vuelo transoceánico, grave. Mar

utilizan redes sociales. En un 45,3% de los casos, lo hacen “para llenar el tiempo libre”. ¿Tendrán estos datos que ver con aquellas dos frases para el recuerdo escritas por J. Á. González Sainz en su conmovedor panfleto *La vida pequeña. El arte de la fuga* (Anagrama)?: “Hemos apantallado el mundo”. “Demasiados días es todo ya demasiado desde demasiado temprano”.

Mar Cabra, que actualmente prepara un libro sobre todas estas cuestiones, alude entre otras cosas a lo que los expertos han identificado como *el sesgo de la urgencia*, que consiste, en esencia, en que cuando nos llega un mensaje vía correo electrónico, WhatsApp u otra, tendemos a considerar que es mucho más urgente de lo que en realidad es. La periodista pone el dedo en la llaga que más escuece: ¿cómo administrar nuestras pausas, nuestros momentos de parar? “Difícil, por la sencilla razón de que, cuando hay pausa, empiezan a surgir todos nuestros miedos”. Y ahí es donde volvemos a la habitación vacía de Pascal. Y también a algunas de las reflexiones del psiquiatra, neurólogo y escritor vienés Viktor Frankl en su perenne superventas *El hombre en busca de sentido*. O a la frase terrible del escritor y pensador George Steiner: “Los jóvenes ya no tienen tiempo...

DESDE THE SELF-INVESTIGATION, MAR CABRA AYUDA A PERIODISTAS A LUCHAR CONTRA EL ESTRÉS LABORAL

Cabra cambió de vida, dejó Madrid y se fue a vivir a un pueblecito de la costa de Almería, iniciando “un camino de redescubrimiento en el que el silencio y la meditación fueron claves”. Recuerda: “Si no hubiera parado, habría tenido consecuencias mucho peores para mi salud. Creo que no estamos siendo conscientes del daño que este ritmo y este ruido están provocando en nuestra salud mental y física”.

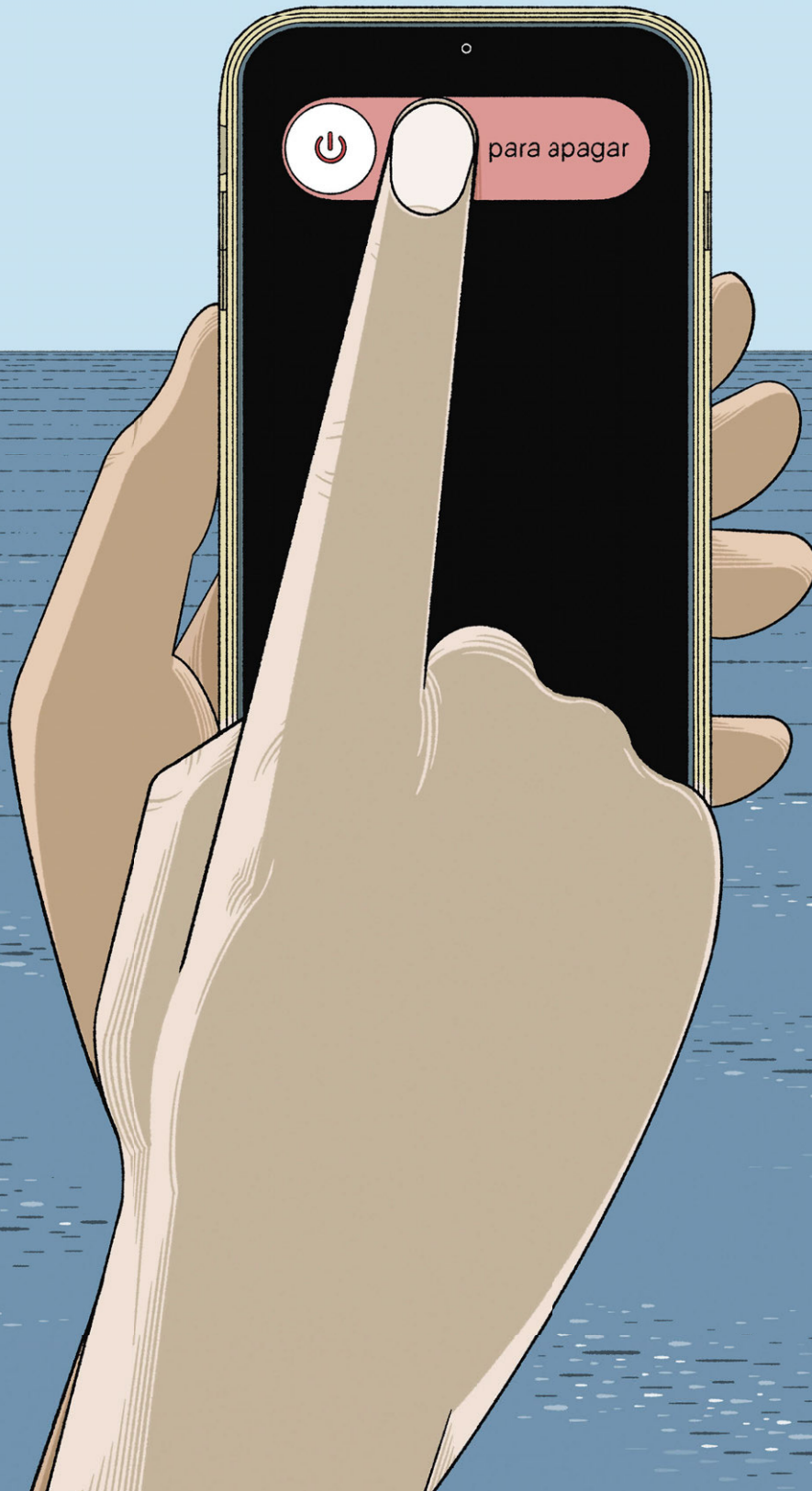
Pero más allá de la deshumanización laboral y tecnológica —asuntos también tratados por Remedios Zafra en su muy oportuno ensayo *El informe. Trabajo intelectual y tristeza burocrática* (Anagrama)—, el asunto ensancha su complejidad hasta extremos psicológicos, sostiene Mar Cabra, para quien la gente no lleva bien la ausencia de estímulos. “Hay como una percepción en las sociedades de hoy de que ir a toda velocidad todo el tiempo es lo bueno, y esos espacios o microespacios que había antes de silencio y de vacío ya no existen. Hoy, con la inmediatez digital, ya no hay espacio entre el estímulo y la respuesta”.

Los españoles pasamos una media diaria de seis horas utilizando internet, según el informe *Digital 2024 España* del portal DataReportal y la agencia We Are Social, y 39,7 millones de españoles (un 83,6% de la población)

de tener tiempo” (entrevista con el suplemento *Babelia*, de EL PAÍS, 1-7-2016).



Pausar. Parar. Templar. Pensar. Volver. El 24 de abril del año pasado, los miembros de Vetusta Morla, una de las bandas líderes en el panorama de la música *indie* española, anunciaban en un comunicado su intención de parar máquinas hasta 2026. En su texto admitieron con cierta sorna que pensaban haberlo anunciado la víspera pero que fueron obligados a posponerlo al día siguiente. “Alguien nos contraprogramó”, dijeron en alusión a aquella *Carta a la ciudadanía* de Pedro Sánchez en la que explicaba que se tomaba cinco días de reflexión para ver si seguía presidiendo el Gobierno o, a su vez, “paraba”: para algunos, una voz de alarma sincera; para otros, un chantaje a la ciudadanía. Como todo el mundo sabe, Sánchez no paró. Sí pararon los Vetusta, convencidos de que su decisión era “una cuestión de salud”, de que la autoexigencia musical y extramusical autoimpuesta desde años atrás era “en ocasiones enfermiza” y de que la industria en la que se movían, la musical, era “una picadora humana”.



Jorge González, el percusionista de la banda, desgrana hoy así los porqués de aquella decisión, que se sumaba a la adoptada en los últimos tiempos por ilustres colegas como Pablo Alborán (2024), Dani Martín (2022), Quevedo (2024), Rayden (2023) o, en el plano internacional, Ed Sheeran (2016 y de nuevo en 2019). Parones definitivos en algunos casos, y en otros retiros temporales que —seamos sinceros— en el mundo de la música no siempre dejan claro si se trata de firmes decisiones de replanteamiento vital o de estudiadas estrategias de *marketing*. “Esta decisión tuvo bastante que ver con la pandemia. Salimos de ella haciendo una gira, de eso hace ya cuatro años, y en estos cuatro años hemos sacado dos bandas sonoras, un documental, dos discos, hemos hecho una gira de grandes recintos, hemos tocado en muchos festivales... Ha sido todo demasiado intenso”.

El integrante de Vetusta, que en la actualidad está inmerso en un proyecto personal sobre salud mental en la industria de la música, no solo está convencido de la conveniencia de un parón para el caso concreto de Vetusta Morla y para otros ejemplos de solistas y bandas. Cree que los beneficios de un paréntesis o de una retirada —según los casos— resultan evidentes en lo que po-

sobre el monte, pegado a un caserío, hay un rebaño de ovejas que de lejos parece un adorno de nieve artificial espolvoreada sobre el verde. Es una de sus visiones favoritas cuando se levanta cada mañana y desayuna al fresco. Y se pone a recordar los viejos duros tiempos: “La no aceptación de lo que estaba viviendo me paró en seco de forma radical. Fue tan súbito que ocurrió de madrugada mientras dormía. Aquella noche, la somatización de mi sufrimiento partió mi cuerpo en dos, me desperté con un dolor físico bestial en el vientre y el pecho como jamás había sentido, además del espiritual, que ya llevaba sufriendo desde el día en que nos comunicaron que mi niña tenía un tumor cerebral. Desde esa noche mi vida ya no fue la misma, y no he cesado hasta hoy. Es un cambio de paradigma en mi forma de ver, vivir y estar en el mundo”. Hoy admite que la feliz recuperación de su hija también ha debido de influir sobremanera en este su “parar” y en este su “cambiar”. Un “parar” que él considera “absolutamente necesario, aunque también contracultural”. “Yo tuve la *suerte*”, cuenta, “de que la vida me diera una segunda oportunidad, pero veo todos los días cómo mucha gente a mi alrededor vive dormida, como si fueran autómatas. Y cuando me preguntan cómo ellos

JORGE GONZÁLEZ, DEL GRUPO VETUSTA MORLA: “SOMOS COMO BURROS A LOS QUE SE LES DICE: ¡PARA ADELANTE!”

dría denominarse como la era de la inercia. “Vivimos”, explica, “en una sociedad en la que parece que siempre está pasando algo, pero a lo mejor donde siempre está pasando algo es en tus redes, o en las noticias de los medios, y no tanto realmente en tu vida. O sea, básicamente es un constructo que nos hacemos en nuestra cabeza con lo que recibimos en nuestros teléfonos”. ¿Dónde queda la lógica sucesión de trabajos y descansos, de actividad e inactividad, de furores y calmas? Él lo tiene claro: “Estamos como los burros esos que atan al carro, les tapan los ojos y les dicen que tiren todo el rato para adelante”.

El año 2017 no fue fácil para el empresario donostiarra Vicente Ansorena. Llevaba tiempo afrontando un drama familiar que lo tenía física y psicológicamente contra las cuerdas, pero todo se precipitó una noche, al despertar de golpe. Ahí empezó, sin él sospecharlo, el proceso que iba a cambiar su vida. Acabó sustituyendo sus días de empresario exitoso en el campo de la venta de equipos de cine, televisión y música por la práctica y enseñanza del yoga, la meditación diaria y el cultivo de la atención plena.

Vicente Ansorena recibe a media tarde en la terraza de su casa en el donostiarra barrio de Berio. A lo lejos,

también podrían parar, veo que su máscara, sus prejuicios, sus creencias o su ego generan tal resistencia que la mayoría se abandona de nuevo al piloto automático”.

Probablemente la mayor paradoja de toda esta historia de aspiraciones, dudas y decisiones se llama Pablo y se apellida D’Ors. El fundador del colectivo de meditadores Amigos del Desierto y autor del aclamado ensayo *Biografía del silencio* (Siruela y Galaxia Gutenberg) lleva años predicando no solo en favor de ese silencio frente al exceso de ruido con o sin sonido, sino también en defensa de una vida en la que la gente no tenga problema en quedarse quieta..., aunque él es el primero que no logra hacerlo. Desde que publicó *Biografía del silencio* en 2012, D’Ors no para de viajar por todo el mundo dando conferencias, participando en coloquios y en salones del libro, impartiendo retiros (¡de silencio!), dando entrevistas y hablando sin parar en auditorios llenos. Una auténtica estrella del pensamiento, término que seguro le va a sentar fatal. “Viajo y hablo muchísimo, es cierto, y me relaciono con cientos de personas, es verdad, pero eso no significa que no pare. Paro todos los días dos horas, que es mi ritmo de meditación diario. Paro

cada semana un día y cada año siete veces, en mis retiros. En realidad, vivo como respiro: inspiro y espiro, entro y salgo... Lo saludable es, precisamente, ese ritmo". Este autor que sabe meter el dedo en llagas cuya existencia a veces ni se sospecha ha hablado y escrito sobre un suceso peligroso: "La avidez por vivir en vez de realmente vivir". Ahí incluye la obsesión del rendimiento y el perfeccionismo como ley: "Es uno de los males de nuestro tiempo. Valoramos a las personas por lo que rinden, no por lo que son. Y el perfeccionismo es sencillamente absurdo, porque revela falta de aceptación de la realidad".

Hace 18 años, cuando tenía 35, el periodista económico Baltasar Montaña tomó una decisión. Dejaría de trabajar antes de los 50. Hace ocho años que cumplió su promesa. Su meta era de enunciado simple pero de complicada ejecución: manejar su vida. Diseñó un plan para retirarse joven y vivir viajando sin parar y sin esperar a la jubilación para disponer de todo su tiempo. Dicho y hecho. Se puso a ahorrar en serio, y en 2000 —"cuando aún se podía"— se compró un piso en el madrileño barrio de La Latina. Lo pagó mediante hipoteca en 11 años. Hoy lo tiene alquilado y el importe de ese alquiler supone el 70% de sus ingresos mensuales, que tiene establecidos en torno a 1.700 euros. El otro 30% lo logra tirando un poco (en función de lo que cueste la vida en el país en el que se encuentre en ese momento: no es lo mismo vivir en Japón que en Birmania) del colchón de ahorro que mantiene.

La suya es, cuenta, "una vida en permanente movimiento por placer y gusto". Cuando decide a qué país va a viajar, solo planea ese destino, y solo cuando piensa que ha llegado el momento de salir, diseña el próximo. ¿Los peores momentos? Más allá de alguna azarosa ruptura sentimental, aquella vez que se clavó un ancla en un pie buceando en Malasia, lo que le provocó una grave infección, y los dos controles de carretera que los narcos le hicieron pasar en Sinaloa (México). Estas y otras anécdotas las contó con humor y pulso periodístico hace dos años en su libro *Sin billete de vuelta* (Círculo de Tiza). Cada tres o cuatro meses pasa unos días en casa de sus padres, en Puebla de Sancho Pérez (Badajoz), donde carga pilas. Y reconoce: "Para ser sincero, tengo que decir que este cambio de vida lo puedes hacer si tienes pocas responsabilidades, si te desligas de esas obligaciones que



1.
Mar Cabra:
"La adrenalina engancha mucho".

2.
Jorge González, de
Vetusta Morla. La banda
anunció el año pasado
que paraba hasta 2026.

3.
Baltasar Montaña era
periodista económico.
Hoy se dedica a viajar
por todo el mundo.

nos ponemos en nuestras vidas, como el tener hijos, querer gastar mucho, etcétera", explica.

Para este trotamundos vocacional, la vida es viajar. Y lo mismo pueden decir Carmen Balbás y José María González. Catedráticos de Historia del Arte jubilados, y ella, además, inspectora de Hacienda jubilada, llevan años haciendo y deshaciendo maletas y subiendo y bajando de aviones para hacer lo que más les gusta en esta vida: viajar por todo el mundo. Hace poco estuvieron en Albania, que era el único país que les faltaba de Europa. No hace falta decir que en bastantes de ellos han estado numerosas veces, y lo mismo en América y Asia. Es su caso una paradoja en toda regla. Cuando abren la puerta de su casa de Majadahonda, ya están planeando el siguiente viaje. O sea: no paran. Y sin embargo: "Para nosotros viajar es parar, parar en el sentido de evadirnos de nuestra vida habitual", sentencia Carmen. "Para nosotros, el no parar es precisamente estos días en Madrid, cuando nos dedicamos a ver a amigos, a ir a exposiciones, a hacer recados, a ir al médico porque ya somos mayorcitos..., es asfixiante, un estrés..., un no parar. En cambio, cuando estamos por ahí de viaje..., pues estamos a nuestra bola". Y añade su marido y compañero de viajes: "Cuando estamos en casa mucho tiempo, es cuando nos sentimos más cansados... y cuando más discutimos. Por eso nos gusta decir que, como fuera de casa, en ningún sitio". ¿Una adicción? "Pues sí, al final es una adicción", admite Carmen.

El año pasado fue tranquilo. Estuvieron en Marbella, Canarias, Brasil (Salvador de Bahía, Minas Gerais, Iguazú, São Paulo, Río de Janeiro), Turquía, Roma (con sus nietas), Sicilia, Bruselas, Albania y un viaje en barco por el canal de Castilla, todo ello salpicado de sucesivas visitas a su casita en Canet de Mar.

Ya planean Sudáfrica y una enésima visita a Grecia. Traducción de todo esto al román paladino: no hace falta estar quieto para "parar". Eso sí, los viajes de Carmen y José María, que los preparan de manera concienzuda, no se parecen mucho a los de la pareja del encabezado de esta historia, que se iba a Düsseldorf como quien se va a las Batuecas o a Cercedilla porque sí, porque hay un billete barato. ¿Los dos destinos que nunca olvidarán? En el caso de ella, un atardecer con los pies metidos en un canal de Delft (Holanda). En el de él: un amanecer en las ruinas de Machu Picchu.

Sin duda, dos buenos lugares... donde parar. —EPS

Bill Gates

“Me preocupa cuáles serán las prioridades de la Administración de Trump”

Mientras la nueva estirpe de multimillonarios se enfrasca en una delirante carrera por conquistar el poder político y el espacio, Bill Gates afirma que su fundación está cada vez más cerca de dar con la vacuna de la malaria. El fundador de Microsoft ha quedado como uno de los últimos ejemplos del rico benefactor en la era del rico villano. En su nuevo libro, *Código fuente*, recorre sus primeros 25 años de vida. Hablamos con él en California.

por Miguel Jiménez
fotografía de Ryan Young



CUANDO PAUL ALLEN le dijo a Bill Gates (Seattle, 69 años) que probara el alcohol, se emborrachó por primera vez. Cuando le dijo que fumara marihuana, la probó. Cuando le convenció para que creasen una empresa, fundaron Micro-Soft, el nombre original de la compañía de *software* que revolucionó la informática desde su nacimiento, hace medio siglo. El éxito arrollador de Microsoft convirtió a Bill Gates en una celebridad cuando solo era un veinteañero. Desde entonces, todos los focos le han apuntado, primero como empresario y luego como filántropo. Sin embargo, su infancia, adolescencia y juventud son mucho menos conocidas. Gates decidió hace año y medio excavar en el baúl de los recuerdos. El resultado es *Código fuente* (Plaza & Janés), una autobiografía fascinante que cubre sus primeros 25 años de vida, desde su infancia en Seattle hasta el nacimiento de Microsoft.

Ese viaje al pasado está repleto de confesiones íntimas. Cuenta la historia de un niño que a los nueve años se había leído de la A a la Z todos los tomos de la enciclopedia familiar, pero al que le costaba encajar en el colegio, donde intentó forjarse una identidad como bromista. Relata la relación con su abuela Gami, que le ganaba siempre a las cartas. Admite que se comportaba como un “sabelotodo malcriado” con sus padres hasta que un psicólogo le ayudó. Explica cómo tuvo acceso a una computadora a los 13 años en el mismo colegio que Paul Allen, dos años mayor. Explica que la muerte de su mejor amigo a los 16 años le marcó para siempre. Confiesa que, por el uso que hacía de la sala de computación, estuvieron a punto de expulsarle de Harvard, la universidad de élite que abandonó para apostar por un sueño luego hecho realidad.

El fundador de Microsoft, que dejó de dirigir la empresa en 2006, traza un paralelismo entre la revolución del *software* hace medio siglo y el momento actual de la inteligencia artificial, que transformará la sociedad. Al tiempo, está preocupado por las prioridades de la presidencia de Donald Trump —no acudió a su toma de posesión— y asegura que tratará de convencerle para minimizar los recortes en ayuda sanitaria y energías verdes.

Gates, que perdió puestos en la lista de las personas más ricas del mundo en 2021, el hombre que donó gran parte de su fortuna a la filantropía, el hombre que ha sobrevivido a teorías de la conspiración, al caso Epstein y a su divorcio, recibe a EL PAÍS en un estudio de su firma Gates Ventures en Indian Wells (California), donde pasa parte del invierno. Un ejército de asistentes se ocupa de que todo esté a punto para grabar la entrevista sin hacerle perder un minuto. Una estilista le coloca bien el jersey y

le peina mientras posa disciplinadamente. En la sala de espera, unas barajas de naipes y un gran juego de tres en raya son un guiño al pasado que recorre en su libro.

¿Por qué decidió escribir sus memorias?

Me gusta pensar en el futuro y centrarme en impulsar la siguiente innovación. Pero pensé que contar dónde tuve suerte, las personas clave que conocí y las cosas que he aprendido con el tiempo sería algo divertido para mí y, quizá, valioso para los demás. Me ha hecho apreciar la increíble suerte que tuve por mi exposición a las computadoras y haber nacido en la época en que el microprocesador revolucionaría todo y abarataría enormemente la computación. Mis dos padres, cada uno a su manera, fueron asombrosos. Luego estuvieron las personas que conocí: un joven amigo, Kent Evans, que murió cuando tenía 16 años, y otro amigo de Lakeside, Paul Allen, quien insistía diciendo: “Vamos, tenemos que hacer algo, fundar una empresa”. Y, por supuesto, cofundó Microsoft conmigo.

Usted escribe: “No cambiaría el cerebro que me ha tocado por nada del mundo”. ¿Se siente privilegiado por su inteligencia?

Me siento muy afortunado de que las matemáticas se me den con bastante naturalidad, y que, por mi amor hacia ellas, mucha gente me dijera: “Acércate a esta computadora y ayúdanos a averiguar cómo funciona”. Entonces descubrí que era un poco adictivo, porque si lo haces bien, el programa funciona, y enseguida sabes si estás en lo correcto o no. Desde los 13 años hasta que fundé Microsoft, estuve pensando en *software*. Así que sí, el hecho de que tenga mucha curiosidad y persevere en tratar de comprender las cosas —que de niño me hacía parecer un poco raro— ha sido la clave de mi éxito.

Al tiempo, menciona que, si hubiera crecido hoy, probablemente le habrían diagnosticado un trastorno del espectro autista.

Había cierta frustración porque mis padres oían cosas como: “Su hijo es muy talentoso, pero, ya sabe, es un poco disruptivo”. Incluso cuando me iba bien, como cuando entregaba un trabajo de 200 páginas mientras los demás entregaban uno de 10, era como: “Vaya, esto

“El hecho de que tenga mucha curiosidad y persevere en tratar de comprender las cosas ha sido la clave de mi éxito”



De arriba abajo, la familia Gates en 1965; Bill Gates y Paul Allen, en el anuario escolar del curso 1969-1970; Bill, en su escuela, Lakeside (Seattle), en 1973.



es un poco embarazoso. ¿Cómo no me di cuenta de que me estaba pasando de la raya?”. Supuso un desafío para mis padres. Al final, hicieron muchas cosas buenas: me enviaron a una escuela privada donde las clases eran más pequeñas y recibía mucha atención. Un año, cuando estaba en primaria, un profesor dijo que debían adelantarme incluso dos cursos, y luego rectificó: “No, mejor retrasémoslo un año”, porque mi conducta en el aula..., no podía quedarme quieto. Y, sin embargo, había cosas que me intrigaban y mi conocimiento estaba bastante por delante de mi edad.

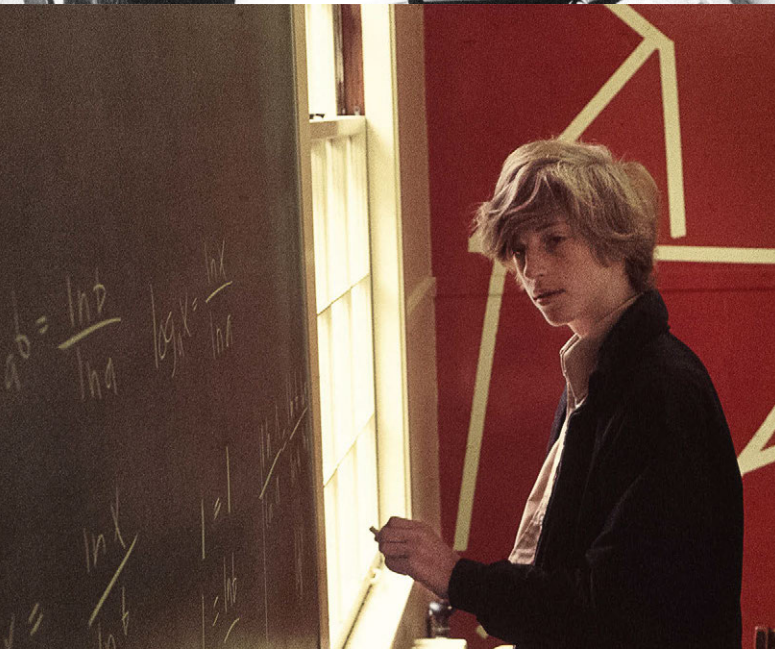
La relación difícil con su madre lo llevó a ver a un terapeuta a una edad muy temprana, algo casi inaudito en la década de 1970. ¿Qué impacto tuvo eso en usted?

En esa época no había ningún diagnóstico sobre estos temas de neurodiversidad, pero fue increíble que dijeran: “Oye, ve a hablar con este terapeuta”. La mayoría de sus pacientes eran parejas con problemas, así que, incluso para él, yo era algo inusual. Me puso a leer muchos libros sobre Freud, me hizo pruebas y todo eso. En un año, cambió muchísimo la forma en que entendía la relación con mis padres. Me dijo: “Mira, ellos te quieren. Tienes todas las ventajas. Si los dejas en evidencia con tu inteligencia, no tiene ningún mérito. Tienes que valorar que están de tu lado”. Y como lo hizo de un modo bastante sutil, logró que enfocara mi energía en los retos del mundo exterior.

¿Cómo fue descubrir las computadoras en la escuela Lakeside?

El club de madres, con lo recaudado en un mercadillo, logró que hubiera un terminal conectado a una de esas grandes computadoras. Era algo muy inusual, y hasta los profesores lo encontraban confuso. Me involucraron por mi reputación en matemáticas, y al final fuimos cuatro —Paul y Rick, que tenían dos años más, y luego Kent y yo, que estábamos en el mismo curso— los que nos sentábamos durante horas intentando averiguar qué podía hacer. Mis primeros programas eran de risa: jugar al tres en raya, cosas sencillas, y luego un juego más complejo como el Monopoly. Tener esa habilidad justo cuando ocurrió el milagro de los microprocesadores fue increíble, y contar con amigos que hacían lo mismo, también.

En su libro describe cómo hackeaba los sistemas para conseguir más tiempo de computación. ¿Hay un espíritu *hacker* en todo programador?



Diría que un poco sí. Pero en aquellos primeros días era tan difícil acceder a las computadoras que colarse de noche o encontrar la manera de iniciar sesión, aunque no estuvieras autorizado, era la única forma de lograr tiempo de máquina.

También cuenta que, con solo 13 años, durante una caminata por las Olympic Mountains, escribió mentalmente parte de una nueva versión del lenguaje de programación Basic.

La zona donde crecí tiene lugares estupendos para hacer senderismo. Y, aunque no era muy buen excursionista, la camaradería que teníamos nos llevaba a hacer estas caminatas. Yo siempre era el que pedía que hiciéramos una ruta más corta, no tan larga. Pero, bueno, lo disfrutaba. Y durante la caminata, mi mente podía divagar para no pensar solo en el cansancio. Creé una parte del que sería el primer producto de Microsoft, que era un intérprete de Basic. Se me ocurrió una forma muy elegante y sencilla de hacerlo, que me encantó. Y cuatro años después, cuando desarrollaba ese producto, pude recordar: ah, sí, esto ya lo pensé, se utiliza este enfoque y es muy breve. Y resultó muy valioso.

¿Cómo le afectó la muerte de su amigo Kent?

Kent era mi mejor amigo y moldeó mucho mi forma de pensar. Yo era algo perezoso en mis estudios —salvo en matemáticas— y él no. Así que pensé: bueno, debería ponerme las pilas. También me hizo reflexionar sobre mis posibles carreras: ser general, embajador, trabajar en el Gobierno. Leía revistas de negocios como *Fortune* y me hacía pensar en cosas que ninguno de mis compañeros consideraba. Hablábamos cada noche. Cuando murió de forma trágica mientras aprendía un poco de escalada, fue un impacto enorme. Hasta entonces, mi infancia no había tenido ningún trauma; era todo muy positivo. A esa edad ni siquiera comprendes la muerte. Para sobrellevar esa pérdida, me acerqué mucho más a Paul Allen. Aunque Paul tenía dos años más, lo convencí para regresar y ayudarme con un proyecto de organización de horarios escolares, y eso fortaleció nuestra amistad.

En el libro cuenta que en la Universidad de Harvard casi lo expulsan y finalmente decidió dejarla.

Me encantó estar en Harvard. Las clases eran muy interesantes y creo que lo que aprendí de psicología, economía e historia fue valioso en mi carrera. Quería ser un pensador amplio. Me alimentaban, me ponían buenas notas..., ¿qué más se podía pedir? Me resistía a dejarlo. Cuando te vas de Harvard, quedas en excedencia, así que, si Microsoft no hubiera funcionado, podría haber vuelto. Paul vino para presionarme. La idea fundamental era que nuestra visión de la computación personal... no queríamos que sucediera sin nosotros. Queríamos participar,

“Probé a fumar marihuana porque pensaba que me haría parecer interesante y quizá gustarle más a las chicas. No funcionó”

ser líderes con el *software*. Tuve que mudarme a Albuquerque, en Nuevo México, donde estaba nuestro primer cliente, para contratar gente y fundar Microsoft. Así que nunca volví. Pero no recomiendo abandonar los estudios. Hasta hoy, sigo siendo estudiante y, cuando me adentro en temas como la malaria, la salud global o la agricultura, dedico mucho tiempo a aprender y lo disfruto.

Cuenta que experimentó con LSD en la década de 1970.

Siempre he sido muy optimista y no me he agobiado mucho con los riesgos. De joven, cuando Paul me dijo: “Oye, prueba el alcohol”, me emborraché por primera vez. Luego: “Prueba la marihuana”, y también lo hice. Incluso me ofreció probar el ácido unas cuantas veces, lo cual, viéndolo ahora, fue una locura. No lo hice mucho tiempo porque me gusta tener la mente en forma y, tanto en ese momento como después, me preocupaba: ¿habré dañado mi cerebro? Quería admitir en el libro que la gente experimentaba muchas cosas en aquella época. Creo que en gran medida probé a fumar marihuana porque pensaba que me haría parecer interesante y quizá gustarle más a las chicas. No funcionó, así que lo dejé.

Usted y Paul Allen vieron la necesidad de *software* mucho antes de que la mayoría entendiera qué era el *software*. ¿Cómo reconocieron esa oportunidad?

Fue la combinación de que Paul me hablara de la mejora exponencial de los chips y de nuestra exposición al *software*. Si la computación fuera básicamente gratuita, habría muchísimos tipos de *software* —procesadores de texto, bases de datos, hojas de cálculo— que la gente necesitaría, y eso sería el factor clave. Así que debíamos fundar una empresa que no se limitara a un solo producto, sino que contratara a los mejores, creara herramientas de desarrollo y trabajara a escala mundial. Si había una categoría de *software* popular, podíamos competir muy bien porque nos movíamos rápido. Empresas como IBM hacían mucho *software*, pero no se dedicaban exclusivamente a ello; nosotros éramos más ágiles. Así pasamos de que IBM fuera el gigante de todo el sector de la computación a hoy, que IBM sigue existiendo, pero es mucho más pequeña que Microsoft, Apple, Google...



¿Cómo era su relación con Paul Allen?

Tener un cofundador con quien convives y trabajas día y noche es algo muy valioso. Si uno es demasiado optimista, el otro lo corrige. Si uno se siente abatido, el otro lo anima. Ese era Paul. Él se fue de Microsoft tras los primeros cinco años, y escribiré más sobre Steve Ballmer en mi siguiente libro, porque pasó a ser mi compañero en ese compromiso de día y noche. Pero las ideas de Paul fueron fundamentales. Microsoft no existiría sin que él viera el potencial de los microchips. Se mudó a Boston para decirme: “Tenemos que hacerlo ya”. Yo no estaba listo al principio, pero cuando apareció el Altair, la primera computadora personal, me di cuenta de que teníamos que actuar si queríamos estar a la vanguardia. Paul y yo coincidíamos y discrepábamos en distintas cosas. Él no iba a salir a contratar gente ni a trabajar día y noche como yo. Pero a la hora de la estrategia, desempeñó un papel tan importante como el mío en las ideas que llevaron a Microsoft a un éxito increíble.

¿Qué tecnologías le entusiasman en este momento y cómo cree que transformarán la sociedad?

En innovación, nunca ha habido un momento con tantas cosas apasionantes como ahora, por ejemplo, en medicina, como la edición genética o la revolución de la computación, que nos ayuda a entender mejor la biología y a desarrollar nuevas vacunas. En la informática, la inteligencia artificial es la gran protagonista, y no puedo subrayar suficientemente lo importante que será. Aunque aún no es completamente fiable y tenemos mucho por hacer, contamos con mucha gente inteligente y grandes empresas que trabajan en ello. Cambiará el descubrimiento científico y la educación y ayudará en la atención sanitaria. Hay muchos aspectos positivos y mucho cambio al que tendremos que adaptarnos. Es el centro de todo ahora mismo. Microsoft, Google y las principales compañías están enfocadas en ello.

¿Diría que los avances actuales en IA son comparables al nacimiento del *software* para computadoras personales en la década de 1970?

Sin duda, en el sentido de que hay esa sensación de posibilidad, y la inteligencia artificial va a transformar toda la sociedad. Aquí hay cientos de miles de millones de dólares invertidos y millones de personas involucradas. En sus inicios la computación personal era un negocio diminuto; gran parte de la actividad se concentraba en la costa oeste de Estados Unidos, y las máquinas tenían tantas limitaciones que hacía falta mucha visión para imaginar el salto desde algo como el Altair hasta lo que hoy puede hacer tu teléfono.

Por otra parte, la inteligencia artificial genera algunos temores. ¿Cree que están justificados?

Soy consciente de que, conforme estas herramientas digitales se han vuelto más potentes, no todo es positivo. Hasta las redes sociales, la idea de los procesadores de texto e incluso de los sitios web era muy positiva. Pero ahora hay interacciones sociales estresantes para los niños o pasan tanto tiempo en eso que no se concentran en aprender. Las redes sociales nos muestran que los humanos no siempre utilizan los avances de forma completamente benéfica. Autores como Harari, en *Nexus*, hablan de que, cuando apareció la imprenta, la mayoría de los libros trataban sobre brujas y cómo localizarlas, y no sobre las leyes de la física. Hay que involucrar a toda la sociedad, porque la IA es muchísimo más potente que las redes sociales, y será incluso más importante prever y dirigir cómo se utiliza.

De adolescente hizo prácticas como asistente en el Congreso y mostró interés por la política, pero ¿ha sentido la tentación de dedicarse a ella?

De joven, trabajé en Washington DC con un empleo de mensajero y asistente, en un momento muy interesante: 1972, la campaña entre McGovern y Nixon. Me fascinó y pensé: vaya, este trabajo es muy importante. Sin embargo, nunca creí que lo haría mejor que otros, a diferencia del ámbito tecnológico, donde sentí que tenía una comprensión única y podía liderar el camino. En cuanto me enganché a las computadoras, ese interés se desvaneció, aunque admiro a los buenos políticos. Hoy necesitamos buenos políticos más que nunca. Dedico mucho tiempo a conversar con políticos porque la Fundación Gates depende de los presupuestos de ayuda exterior de Estados Unidos, España y muchos otros países.

¿Qué opina de Elon Musk, que ha asumido un papel muy activo en política?

Me asombra la cantidad de cosas en que participa Elon. Admiro la labor fenomenal que hizo en SpaceX para abaratar los lanzamientos, y el trabajo impresionante en Tesla para obligar a todos los fabricantes de automóviles a crear buenos vehículos eléctricos, algo importante para el clima. No coincidimos en muchas cuestiones políticas. Al principio lo percibía como progresista y liberal, pero ahora se ha vuelto más conservador. No he tenido ocasión de hablar con él sobre eso, pero dado que ejerce influencia, espero que reflexione bien sobre lo que dice.

¿Le preocupa el impacto que pueda tener la Administración de Trump en aspectos como la sanidad, la reducción de la pobreza o la lucha contra el cambio climático?

Me preocupa cuáles serán sus prioridades. Por ejemplo, Estados Unidos es con mucha diferencia el país más generoso a la hora de aportar dinero para los medicamentos contra el VIH, que mantienen con vida a decenas de



“Las redes sociales nos muestran que los humanos no siempre utilizan los avances de forma completamente benéfica”

millones de personas en el mundo. Tengo la esperanza de que este nuevo Gobierno los mantenga. He hablado con el presidente Trump sobre ello y volveré a Washington. Me preocupa que debamos defender aún más la importancia del dinero destinado a ayuda. Podría mantenerse o recortarse, lo que me parecería trágico.

¿Y sobre el cambio climático?

Me decepcionará si se retiran del Acuerdo de París [fue de las primeras decisiones de Trump como presidente]. Están surgiendo muchas innovaciones, nuevas formas de generar energía, como la geotermia. No sé cómo las van a apoyar, así que tendré que volver a la capital, reunirme con el poder ejecutivo y el Congreso, para al menos mantener algunos de los incentivos a la innovación. No creo que en los próximos cuatro años se preste tanta atención al clima, pero intentaré que se reduzca lo mínimo posible.

¿De qué manera sus experiencias de juventud le llevaron más tarde a donar la mayor parte de su fortuna a la sociedad?

Aspiro a los valores de mis padres. Ellos dedicaban mucho tiempo a hacer voluntariado y donaban con bastante generosidad para sus posibilidades. Además, mi amigo Warren Buffett es muy filántropo y ha hablado de que incluso limitar un poco la cantidad de riqueza que se les deja a los hijos puede ser algo sensato. La mayor parte de mi dinero irá a la fundación, y ese es mi trabajo a tiempo completo. Aplico los valores de mis padres y el espíritu innovador de Microsoft a la salud de quienes más lo necesitan. Los avances han sido increíbles. Aún no hemos erradicado la polio, pero estamos cerca. Cuando lo consigamos, iremos a por el sarampión, la malaria... La gente no sabe que los esfuerzos globales en salud han reducido a la mitad las muertes infantiles, así que esta labor combina todas las lecciones de mi vida. Y me encanta.

Explica en su libro que trabajaba día y noche.

¿Cómo ha evolucionado eso con los años?

De joven, cuando estaba obsesionado con programar, sobre todo tras nacer Microsoft, trabajaba sin parar. No creía en las vacaciones ni en los fines de semana. Intentaba avanzar a toda prisa para ir siempre por delante de la competencia. Era una forma de vida muy poco natural, pero a mí me funcionó a los 20 años. En mis 30, empecé a tomarme los fines de semana. Conocí a Melinda y ella me dijo: “Si quieres tener una relación, hay que irse de vacaciones”. Decidí hacerlo. Seguía trabajando muy duro, pero ya no como un loco. Incluso hoy, obviamente podría no trabajar en absoluto, pero elijo trabajar bastantes horas, aunque no tanto como en mis 30. Ahora me voy de vacaciones, juego al tenis y leo libros que no están directamente relacionados con mi trabajo. Comparado con mis 20, ahora soy muy perezoso, aunque comparado con la mayoría, sigo teniendo una gran ética de trabajo.

¿Qué consejo daría a los jóvenes que aspiren a una aventura como la suya?

Si alguien tiene un estilo de aprendizaje distinto, le animo a que lo vea como una posible fortaleza. Que busque aquello que lo motive y lo ayude a entender el mundo de un modo que pueda llevar a una gran carrera. Realmente creo que la revolución digital —ahora centrada en la IA— es lo más importante que sucede. Estará en el centro de todo. Por ejemplo, ¿cómo utilizaremos la IA para la salud mental? Todavía no lo sabemos. ¿Cómo la usaremos para abordar la polarización? Necesitamos nuevas formas de acercar a la gente. Es inquietante que, incluso en un país como Estados Unidos, la gente no comparta los mismos objetivos, hechos o el respeto mutuo, cosas básicas para una democracia sana. —EPS



REPORTAJE

En las entrañas de Toledo

Hasta hace dos décadas, los visitantes se iban de la ciudad sin conocerla bien. Hoy, los vecinos del centro histórico abren los sótanos de sus casas para que 200.000 visitantes se sumerjan cada año en un universo subterráneo de termas romanas, pozas islámicas y baños rituales judíos.

por José María Sadia
fotografía de Juan Millás

REPORTAJE

SI LLEVAN UN par de horas en Toledo, se habrán dado cuenta de que no van a descubrir esta ciudad en un día”. En la céntrica plaza Amador de los Ríos, mientras varios jóvenes se turnan al piano interpretando melódicas y reconocibles partituras de Ludovico Einaudi —se celebra el programa *Pianos en la calle*—, una guía de turismo rebaja las expectativas de un grupo de visitantes, hasta ese mismo instante ansiosos por comerse (turísticamente hablando) la antigua capital imperial de un solo bocado. En absoluto lo van a conseguir. Y no ya porque la metrópoli, patrimonio de la humanidad desde 1986, disponga de un centenar de edificios protegidos en su casco histórico. La verdadera razón es que los toledanos les han reservado un críptico regalo, una sorpresa difícil de intuir. “Antes la gente se iba de Toledo sin conocerla al completo”, apunta la arqueóloga Soledad Sánchez-Chiquito. Porque lo que ignoran los inocentes forasteros es que, mientras escuchan atentamente a su cicerone, bajo los pies —a cuatro o cinco metros de profundidad— yacen los restos pétreos de las antiguas termas imperiales romanas, que se extienden por más de 3.000 metros cuadrados. Y este es solo un ejemplo de las distintas urbes que subsisten ahí abajo.

En una esquina de la plaza, a unos pocos pasos, comenzarán a palpar esa otra realidad arqueológica, semioculta, en un espacio oportunamente musealizado por el Consorcio de la Ciudad de Toledo. Para seguir explorando el fragmentado balneario pueden visitar la reciente excavación practicada en el oratorio de San Felipe Neri, justo al lado. Pero si quieren continuar la ruta y recorrer, por ejemplo, los inquietantes pasadizos del espacio *Thermae* (donde se aprecian los conductos por los que faenaban los operarios, los esclavos...), deberán introducirse en las casas de los vecinos. Sí, entrar en el portal del vecindario, descender y recorrer los sótanos. “Toledo es un yacimiento arqueológico: lo que la hace diferente es que la gente vive en él”, revela Sánchez-Chiquito, directora de gestión patrimonial del citado organismo, que ha revolucionado las entrañas toledanas en las últimas dos décadas, haciendo emerger un subsuelo (hoy visitable) donde el pasado convive con el presente. Donde carpetanos, romanos, visigodos, musulmanes, judíos y cristianos cohabitan en un

idéntico plano temporal. Donde cada monumento es, sostiene, “una lección de historia”.

Apenas a dos minutos a pie, recorriendo el callejón de San Ginés, aguardan las populares Cuevas de Hércules. En realidad, más allá del aura mitológica que le otorga el nombre, se trata de un antiguo depósito que abastecía de agua potable a la *Toletum* romana. “Actualmente, el agua que bebemos procede de los pantanos y está verde. Por eso, la pasamos por unos filtros y sabe a cloro. ¡Eso los romanos no lo admitirían! El agua corriente durante el Alto Imperio, cuando se utilizaban pozos decantadores para purificarla, tenía incluso más calidad que la actual”. El entusiasta apunte corresponde a Juan Manuel Rojas, arqueólogo natural de Sonseca formado entre las profundidades toledanas, director del célebre yacimiento de Guarrazar (a 13 kilómetros de la capital). Al interior de la cisterna accede un constante goteo de turistas, descendiendo por una angosta escalera metálica en forma de caracol. Ahí abajo les aguarda una apasionante lección práctica sobre la avanzada técnica constructiva de los romanos: cómo dotaban al depósito de sillares gigantes (*opus quadratum*) para retener el agua, revestían sus paredes con una mezcla de piedras y cal (*opus caementicium*) e impermeabilizaban el estanque con un finísimo cemento (*opus signinum*).

Mastodónticos espejos cubren los vanos de los rotundos arcos de granito que dividen la cisterna. Tal y como sostiene Rojas, siguiendo un modelo que se repetirá constantemente en los subterráneos, la estructura se levantó para soportar los cimientos de un templo paleocristiano, que luego fue mezquita y finalmente, tras la Reconquista, una iglesia dedicada a san Ginés. Ante los cristales, más de un visitante sucumbe a la tentación de hacerse un selfi aprovechando su propio reflejo. Ni siquiera se atreven a imaginar, en cambio, que al otro lado del vidrio podrían encontrarse una bombona de butano, un brasero o, amarilleando, antiguos apuntes de primero de carrera que se acumulan en un sótano particular. Aunque parece inverosímil, el arquitecto

En la doble página anterior, sillares y arcos en las Cuevas de Hércules, depósito de agua de la era romana. A la derecha, arriba, abertura cenital, canal de recogida de agua y bóveda de ladrillo en un pozo de origen islámico en la plaza de El Salvador. Debajo, Soledad Sánchez-Chiquito, directora de gestión patrimonial en el Consorcio de la Ciudad de Toledo.



Jesús Corroto corrobora esta paradoja mostrando en su tableta electrónica una fotografía que ilustra el caos propio de cualquier trastero privado. Este, eso sí, entre muros romanos. En una amplia y moderna sala de reuniones, el gerente del Consorcio de la Ciudad de Toledo hace pedagogía de los logros de esta institución, cuyo cuartel general se sitúa, cómo no, en el centro histórico. Un entorno donde “antes, los vecinos tapaban los restos arqueológicos que encontraban en las viviendas; ahora, en cambio, los destapan”, resume.

El organismo nació en 2001, precisamente, para impulsar un cambio de paradigma: recuperar los espacios arqueológicos en los edificios del casco histórico mediante intervenciones y ayudas, y ponerlos a disposición del público adquiriendo propiedades privadas, o a través de convenios con los titulares. “Cuando hace más de 20 años un vecino quería rehabilitar su casa, existían ciertas reticencias a descubrir ese patrimonio desconocido; hoy, nosotros, desde la arqueología, la restauración o el patrimonio, desde la confianza y la gestión, lo ayudamos”, describe el responsable del consorcio, en el que tienen participación las administraciones estatal, autonómica, provincial y local. “Hace semanas apareció un arco del siglo XI en el callejón de San Pedro y no se tapó: la propietaria llamó rápidamente a nuestros técnicos para que la ayudáramos en la gestión”, explica. Ajenos al ruido de la céntrica plaza de Zocodover, los espacios recuperados componen hoy un itinerario que serpentea, bajo tierra, por sótanos, cuevas y pozos. Las rutas *Patrimonio desconocido* no solo atraen a cerca de 200.000 personas al año, sino que incluso tienen un impacto mayor en el visitante que los recorridos convencionales. “Ahí abajo desaparece la cobertura, entras en otro mundo, en otra época: ese universo desconocido es como buscar nuestras propias raíces”, cuenta Corroto.

A su lado, la responsable de gestión patrimonial —quien reconoce que jugar de niña entre las ruinas del circo romano determinó su dedicación profesional a la arqueología— apunta a una de las claves de la riqueza del subsuelo de la capital multicultural. “Tenemos unos antepasados que han sido muy considerados con los anteriores, aprovechando las estructuras que se encontraron para seguir construyendo encima”. El resultado es lo que Soledad Sánchez-Chiquito denomina “patrimonio residencial”, un legado “tan excelente como el que podamos encontrar en un museo”. Se refiere a los toledanos que continúan viviendo en patios de cinco o seis siglos, y también a quienes trabajan en

REPORTAJE





- 1.** Museo de la España Mágica, antigua casa islámica del siglo XII.
- 2.** Representación original de la mano de Fátima, en la casa islámica que alberga el Museo de la España Mágica.
- 3.** Jesús Carrobbes, director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, en el Museo del Greco.
- 4.** Sótano de la Casa del Judío, un antiguo baño ritual o *mikvé*.
- 5.** Baños árabes de Zeid, en el callejón del Ángel.
- 6.** Espacio visitable *Thermae* (antiguas termas romanas de Toledo).
- 7.** El escritor Daniel Gómez Aragonés, en la iglesia visigoda de Santa María de Melque.
- 8.** Baños del Cenizal, de origen islámico.



casas islámicas del siglo XII, donde una mano de Fátima inmortalizada en una columna los “protege” cada día, o incluso a quienes ponen a disposición del público, a modo recreativo, antiguas mazmorras del siglo XV en perfecto estado de revista.

“Hemos llegado a tiempo”, corrobora el arquitecto Jesús Corroto. Porque los habitantes de hoy optan por restaurar las viviendas heredadas de los abuelos —asegura— en lugar de venderlas a fondos de inversión para construir pisos turísticos, con tal de que los niños sigan jugando y dando vida al casco histórico. Y añade: “En él se levantan escuchando el sonido de las campanas de los conventos, y no el intenso tráfico de una gran urbe”. Quizá sean ellos, en efecto, los más beneficiados de ese cambio de paradigma que apuntaba el gerente de la entidad: “Aquí los jóvenes, cuando visitan las obras de recuperación de unas yeserías del siglo XII, preguntan qué hay que estudiar para hacer ese trabajo; prefieren ser restauradores a *youtubers*”.

“Esta ciudad es fruto de miles de años de evolución, con un modelo en el que los elementos se han ido superponiendo: cosas que estaban al nivel de la calle pasaron, en un determinado momento, a estar en el subsuelo”. Sentado en un banco a la entrada del Museo del Greco, donde antaño lo hicieron Einstein o Picasso, el arqueólogo Jesús Carroble define en pocas palabras la compleja evolución de la localidad y cómo se ha ido desarrollando, bajo tierra, toda una trama de cuevas y bóvedas que ha llegado —prácticamente congelada— hasta nuestros días. “Sobre una gran urbe romana se levantó la corte de los reyes visigodos; después llegó la cabeza de un reino taifa para construir la primera ciudad de Oriente en Occidente; más adelante tuvo lugar la Toledo de la Reconquista, los traductores y la cultura, y finalmente llegaron los Trastámara, Carlos V, los conventos... y el turismo”, enumera el director de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. El experto atribuye precisamente parte del mérito de la conservación de calles, edificios y subterráneos a la institución que preside, creada en 1916, “cuando todavía no existían las leyes de patrimonio”.

La otra porción del mérito descansa en “el orgullo cívico de los toledanos por su tierra” y en circunstancias afortunadas como la llegada de un personaje capital: el marqués de la Vega-Inclán, promotor del Museo del Greco. Unidos, explica el arqueólogo, convirtieron una capital histórica ruinosa y decadente —muy del gusto de los viajeros románticos de la época— en “un destino turístico equiparable a Brujas o Venecia”.



REPORTAJE

Hoy, los vecinos del centro histórico prefieren restaurar sus casas en vez de venderlas a fondos de inversión

Gracias a ese espíritu de respeto por el pasado, hoy se puede descender por unas escaleras y observar la espectacular bóveda de ladrillo de un pozo islámico del siglo XII en la plaza de El Salvador. O colarse en casas particulares para caminar por la sala templada o la caliente (e, incluso, por los vestuarios) de alguno de los ocho baños de cronología andalusí que han sobrevivido hasta nuestros días: los del Caballero, los del Ángel o, muy especialmente, los del Cenital, donde hasta taquillas y letrinas se han atrevido a desafiar al tiempo.

En este punto, Jesús Carroble nos remite a Américo Castro: “España es el único país que no puede explicarse sin lo semítico”. En un territorio donde “hubo convivencia”, en la que “unos y otros se soportaban”, el director de la academia subraya la huella árabe, pero también la hebrea. “Aquí se generó una de las grandes juderías europeas del siglo XII, una potentísima comunidad que pervivió hasta el XIV”, apunta. Cuando esa convivencia tornó en persecución, llegaron los conversos y los criptojudíos. ¿Qué mejor espacio para preservar una fe prohibida que las construcciones soterradas de las casas? Fruto de toda una vida dedicada a la arqueología, Juan Manuel Rojas ha llegado a la conclusión de que el ser humano se mueve por dos motivos: la necesidad de sobrevivir y sus creencias. En los bajos de la estética Casa del Judío, Rojas identifica, casi en cuclillas, un sorprendente *mikvé*, un baño ritual judío. “¿Qué pretenden los antepasados cuando construyen bajo tierra? Las famosas bóvedas sirven para buscar el nivel de calle, pero ya que tienen estos espacios, los utilizan. Es un sentido práctico. Así, si necesitan un lugar por sus creencias, construyen un *mikvé*”, argumenta el director de Guarrazar, quien ha logrado identificar, hasta ahora, entre seis y siete de estas instalaciones de carácter privado en la zona antigua.

Dicen que esta tierra es el resumen de España. Que, si alguien quisiera conocer la historia de este país y

solo tuviera 24 horas, debería recorrer su trazado. En realidad, es una ciudad de ciudades. Algunas son invisibles, pero están ahí. De otras, apenas nos han llegado evidencias materiales. ¿Cómo podemos, entonces, rastrear la capital del antiguo reino visigodo? Más allá de algunos detalles dispersos (relieves, capiteles), para observar un edificio en pie, habrá que desplazarse unos 50 kilómetros al suroeste. En la sobrecogedora e íntima nave de la iglesia visigoda de Santa María de Melque aguarda uno de los mayores divulgadores actuales de esta civilización tan injustamente olvidada. “Igual que el Imperio Romano tenía su motor en Roma o el bizantino en Constantinopla, en otro punto del Mediterráneo hay un remedo de estas grandes capitales históricas: es Toledo, donde está la simiente de España”, sostiene Daniel Gómez Aragonés, autor del libro *Toledo. Biografía de la ciudad sagrada* (La Esfera de los Libros, 2022). “Allí estuvieron los reyes godos, se desarrollaron los grandes concilios toledanos, surgieron obispos que luego fueron grandes referentes, las basílicas donde Recaredo practicó la conversión al catolicismo... Hablar de Toledo es hablar de cada uno de nosotros”, enfatiza.

Y, sin embargo, nada. Ni un solo edificio, ni una sola estructura. “La condición de capital del reino visigodo y centro religioso exigía una infraestructura, pero ¿dónde está? Yo soy de los que apuestan a que el complejo palatino se situaría abajo”. Gómez Aragonés sostiene que en la Vega Baja —una zona arqueológica acosada años atrás por la fiebre urbanística— se levantarían edificios como las basílicas de los apóstoles Pedro y Pablo o Santa Leocadia, o el palacio real. De ahí que, más allá de recuperar e integrar los restos que están apareciendo en esta zona junto al antiguo circo romano, el investigador propone la creación de un centro de interpretación donde poder “imaginar” el pasado visigodo. Entretanto, para sentir la arquitectura de este gran reino ignorado, Aragonés remite a otras iglesias visigodas de la Península, o al indeleble prerrománico asturiano. O quedarnos en la monumental Santa María de Melque, escuchando el antiguo canto visigótico mozárabe, viajando en el tiempo al lejano siglo VII. “Los visigodos quisieron dejar algo para la posteridad, y ese algo está aquí”, sentencia. —EPS

Mazmorras del siglo XV en la Posada de la Hermandad. Debajo, Jesús Corroto (izquierda), director del Consorcio de la Ciudad de Toledo, y Juan Manuel Rojas, responsable del complejo arqueológico de Guarrazar, en la Casa del Judío.



FOTOENSAYO

Una calle en Shanghai,
China, en 1992.



La vuelta al mundo en 92 días

por Ana Nance



En 1992, Ana Nance dio la vuelta al mundo junto con LeRoy Woodson Jr., exeditor de *National Geographic*. Veinte ciudades en menos de 100 días, de Japón a Estados Unidos, pasando por la Rusia en la que acababa de derrumbarse la Unión Soviética. Con la excusa de una exposición en Madrid, la fotógrafa revisita las imágenes y los recuerdos de aquella aventura.

1. Pekín, China.
2. Museo del Sexo de Ámsterdam, Países Bajos.
3. Taichí una mañana temprano en el Bund de Shanghái, China.



FOTOENSAYO

1. Una mujer vende gatitos en la estación de metro Arbatskaya, Moscú, Rusia.
2. Tsukiji, mercado de pescado de Tokio, Japón.

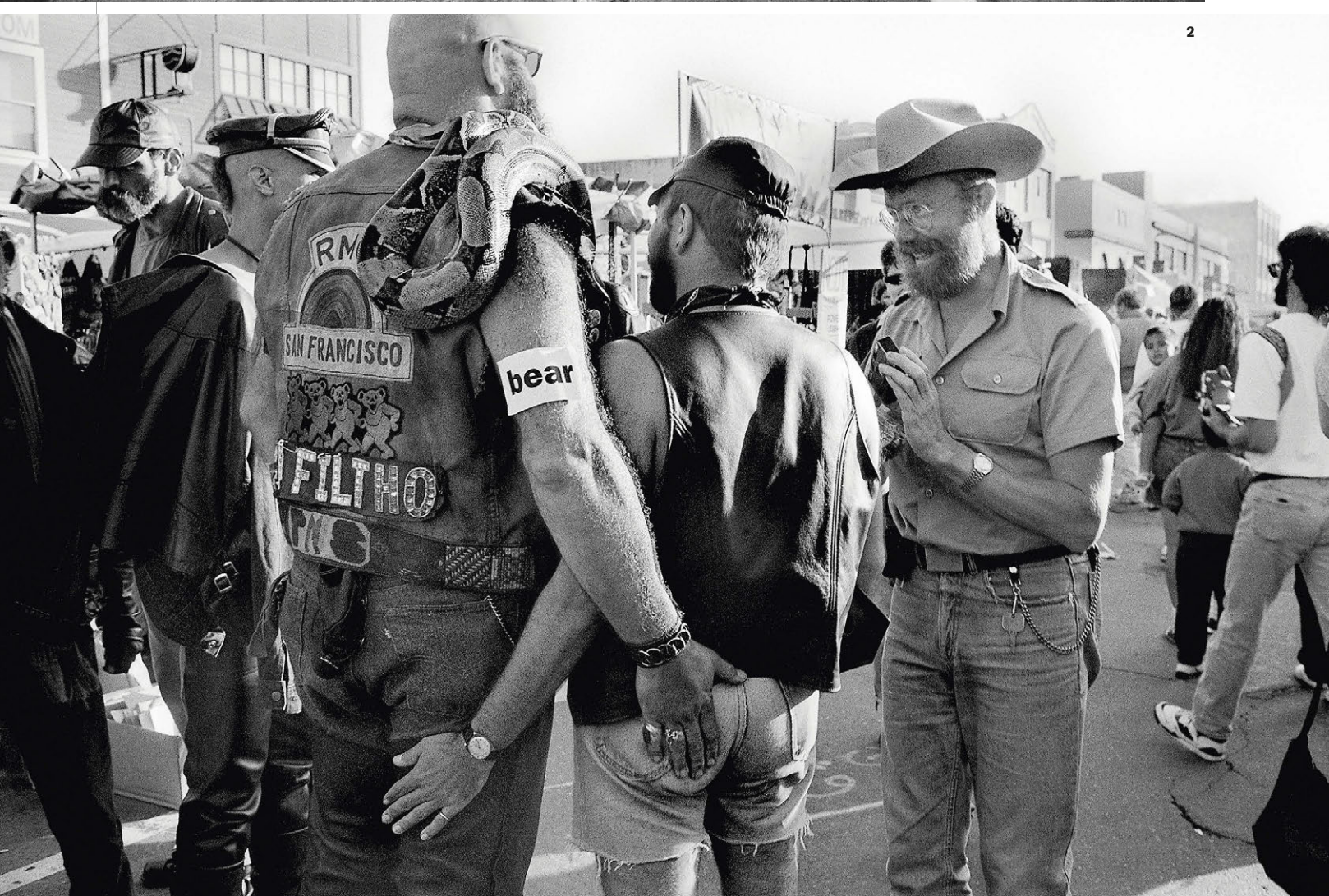


3. Un pasajero de autobús, en el garaje mecánico mientras se cambiaba una llanta pinchada, El Paso, Texas, EE UU.
4. El Transiberiano, parado en una estación de Rusia.
5. Una cantante de ópera callejera, en Singapur.





1



2

EN LA PRIMERA página de los diarios que escribí a lo largo de este viaje, hay una frase que dice: “Porque no hay nada oculto que no será manifestado”. Encuentro esta frase especialmente irónica después de tantos años en los que este trabajo fotográfico ha permanecido cuidadosamente guardado y nunca expuesto. Una de las muchas preguntas que surgen mientras reflexiono sobre ese tiempo es: ¿cómo me siento ahora al respecto? Porque este viaje no fue solo una aventura; fue un despertar profundo, un giro en la perspectiva, una nueva lente a través de la cual ver la vida.

En 1991, recién graduada de la escuela de arte, me mudé a Nueva York con un único objetivo: convertirme en fotógrafa documental artística. Trabajé como asistente en la agencia de fotografía Sygma, alimentando el sueño de seguir los pasos de sus fotógrafos que viajaban por el mundo. Luego, una llamada telefónica fortuita de Charles Heidsieck Champagne me abrió la puerta a un sueño hecho realidad. Junto con el escritor LeRoy Woodson Jr., empecé en 1992 un viaje por 20 ciudades de todo el mundo en menos de 100 días. Viajamos sin las comodidades que hoy damos por sentadas: sin aviones, sin teléfonos móviles, sin internet, armada únicamente con unas Leica M4 y M6, cámaras analógicas, y nuestra curiosidad instintiva. Una de las reglas que teníamos era usar medios de transporte no modernos, como el tren o el barco. Era un mundo aún intacto por el avance imparable de la tecnología actual y yo una joven de 23 años con hambre por descubrir el mundo.

Nuestra primera etapa comenzó haciendo autostop hasta Canadá con un contrabandista de cigarrillos, seguida de un autobús Greyhound hacia Nueva Orleans, un viaje hacia el oeste hasta Los Ángeles y San Francisco, y finalmente un cruce del Pacífico en un barco de carga rumbo a Japón. En esos momentos fugaces —capturados entre los delicados fotogramas del celuloide— capté imágenes que siguen grabadas en mi mente: el atún rojo en peligro de extinción en el mercado Tsukiji de Tokio, ancianos practicando taichí en el Bund de Shanghái, y la serena armonía religiosa de Singapur. Tal vez la etapa más emocionante del viaje llegó después de China, cuando recorrimos Rusia en el ferrocarril Transiberiano —sus paisajes exóticos parecían casi míticos en ese entonces—. Incluso cuando LeRoy se rompió el tobillo en Shanghái, nuestro viaje continuó, impulsado por una valentía y determinación compartidas que parecían llevarnos más allá de lo ordinario.

Noventa y dos días después, llegamos a Boston, donde nuestro viaje culminó en una serie de fotografías enviadas a los laboratorios de Time-Life para su revelado. Estas

imágenes, junto con los recuerdos que recogimos, permanecen como un testamento perdurable de esa aventura.

Al pasar ahora por las antiguas hojas de contacto mientras preparo la exposición en Leica Gallery Madrid, me sorprende —nuevas fotografías parecen aparecer, aunque aún conservo fragmentos de memoria sobre cada una de ellas—. Estar profundamente inmerso en una experiencia ofrece una perspectiva; pero con el paso del tiempo, esa perspectiva se transforma. ¿Qué, me pregunto, estaba buscando mientras recorría esas calles, persiguiendo momentos decisivos, corriendo de un lugar a otro? Mi querido profesor Craig Stevens, de la Savannah College of Art and Design, me enseñó que la fotografía documental es una búsqueda de la verdad —tal como uno la percibe— entendiendo que, al ser compartida, puede revelar una nueva verdad. Sin embargo, nuestra mente a menudo nos engaña, distorsionando la memoria. Quizás estaba buscando mi propia mirada.

Tal vez ahora busco una nueva conclusión, pero ¿habría evolucionado mi comprensión de este viaje sin las fotografías? Esto plantea una pregunta intrigante: si estas imágenes no existieran, ¿sería mi memoria la misma? ¿Se ha distorsionado mi memoria con el tiempo, o son las fotografías las que distorsionan mi recuerdo? Y, más aún, ¿no es esta precisamente la forma en que todos percibimos el mundo, atravesado por una lente de distorsión, moldeada por nuestras historias personales y la narrativa siempre cambiante que nos contamos a nosotros mismos? —EPS

La exposición *Around the World* puede verse hasta el 25 de marzo en la Leica Gallery Madrid.



1. En Chicago, Illinois, EE UU. De espaldas, LeRoy Woodson Jr., *Woody*, escritor y compañero de viaje de la fotógrafa.
2. Festival de *bondage* en El Castro, San Francisco, EE UU.
3. Autorretrato, en el barco de carga *Japan Senator*, durante el trayecto de Oakland, EE UU, a Yokohama, Japón.

PERFIL

William Christie, música en el jardín



Además del piano,
desde joven Christie
aprendió el clave,
instrumento que
le acompaña en
su casa de Thiré.

En la página
siguiente, el músico,
en su casa de la
Vendée (Francia).

por Jesús Ruiz
Mantilla
fotografía de
Markel Redondo



PERFIL

El músico y director de orquesta William Christie ha creado en la Vendée francesa un paraíso de creación artística, enseñanza y naturaleza. A punto de iniciar una gira mundial con Les Arts Florissants, referencia en la interpretación de obras renacentistas y barrocas, nos invita a su casa.

CRUZAR LA PUERTA azul no significa estrictamente entrar en un territorio vedado. Suele estar abierta, como los jardines y el terreno que rodean la casa, algo asediada por las lluvias recientes. El río se ha desbordado y ha enfangado parte del territorio de Sainte-Hermine, en el departamento francés de la Vendée (región de los Países del Loira), donde se encuentra Thiré, pero no ha producido daños a mitad de enero. Allí instaló su refugio en 1985 el músico William Christie (Búfalo, Estados Unidos, 80 años) para levantar una utopía posible donde habitar, enseñar y armonizar de manera natural los ecos de sus partituras, principalmente renacentistas y barrocas, con el entorno. Así confluyen desde hace décadas los grandes motores existenciales: la música y la jardinería. Dos pasiones con las que Christie, estadounidense nacionalizado francés, cumple su cometido esencial en este mundo: “Dar vida”, dice. Es justo lo que le gustaría que quedara grabado en su tumba: “Vino al mundo para dar vida y jamás se la arrebató a nada”. Lo confiesa junto al fuego de una de las ocho chimeneas imponentes de la casa, donde se ha refugiado unas semanas antes de comenzar un 2025 de celebraciones en todo el mundo por su aniversario a base de conciertos con su formación, Les Arts Florissants. Su gira mundial llega a España este febrero con fechas en Madrid (Auditorio Nacional, día 5), Valencia (el 6, Palau de les Arts) y Oviedo (el 8, Auditorio Príncipe Felipe).

En la cocina Christie prepara una tortilla con huevos de sus gallinas, eneldo de la propia huerta y salmón. Aparte de la música y la jardinería, maneja bien los fogones. El menú del mediodía es ligero. Por la noche, en cambio, tiene pensado preparar unas gambas con curri y cilantro, una carne asada a la naranja y una tarta de manzana. El músico comprueba más tranquilo desde la ventana cómo baja el nivel del agua en el estanque. Poco a poco, la perspectiva permite observar la perfecta geometría vegetal de Thiré: los arbustos confeccionados aplicada y obsesivamente por él mediante el arte topiario —guantes, tijeras y herramienta en mano—, con ayuda de expertos como el paisajista John Hoyland.

“El maestro Christie lo ha diseñado tras dedicar su vida al estudio y la reflexión sobre el arte, la arquitectura, la historia y la horticultura de los grandes jardines. Sobre eso posee un conocimiento enciclopédico”, asegura Hoyland. Eso se palpa en el orden de los arcos que armonizan la perspectiva de sus 12 hectáreas y guían la mirada hacia los puntos de fuga. En los delicados cambios del paisaje y la geometría de los claroscuros, inspirados en jardines italianos, franceses o ingleses... Un espacio que ensalza, en gran parte, la búsqueda de una identidad europea, plantada a lo largo y ancho del terreno a manos de quien llegó a principios de los años setenta a Francia desde su país de origen y se quedó para siempre. Fue una decisión consciente. No solo por curiosidad artística. También le movían razones políticas. Se negó a que le reclutaran para combatir en la guerra de Vietnam. Y huyó. Toda aquella época revuelta descansa en su memoria ahora en paz, pero debió de ser dura. “Ya habíamos vivido una experiencia en la familia. Mi hermano mayor regresó traumatizado, mudo. En casa no se hablaba, pero se sentía la angustia”.

El joven Christie estudiaba entonces música en Yale después de haber pasado por Harvard y entender que aquel debía ser su camino. No solo se había movilizó contra la guerra en manifestaciones o marchas hacia Washington. Abandonó el campo de entrenamiento donde lo habían reclutado: “Lo único que aprendí allí fue a detestar el ejército. Te preparaban para ser soldado. El sargento me advirtió: ‘Ten cuidado porque iremos a por ti’. Aquel sistema estaba completamente corrompido, basado en amenazas. No sé todavía cómo no me cayó encima un proceso y acabé en la cárcel. Podría haber ocurrido”.

En lugar de eso, pudo escapar después de hablarlo con su familia. No sintió ningún reproche por ello. Ni siquiera de su padre, que había combatido en la Segunda Guerra Mundial, precisamente, en la toma de la ciudad francesa de Tolón. De aquella época, Christie menciona otra anécdota curiosa que quizás explique esa obsesión suya por dar vida: “Pocos días antes de que yo naciera, mi abuela materna le dijo a mi madre que mi padre ha-

En Thiré, Christie conectó sus dos pasiones: música y jardinería. Sus jardines acogen en agosto el festival de música barroca que él organiza. Abajo, un clave francés del siglo XVII y un rincón de la casa.



bía muerto ahogado en el Mediterráneo. No sé cómo se enteró de aquello. Cuando yo vine al mundo, mi madre estaba convencida de ser viuda”. Unos meses después, apareció, volvió a sus vidas para rehacerlas. Juntos y con dos hijos más, además de William, el primogénito. Ninguno de ellos acabó en su mismo campo. Solo él, muy apoyado por su madre. “Ella había empezado a estudiar música en la universidad, pero tuvo que dejarlo por los problemas económicos de la familia”. La obligaron a trabajar para sacar adelante a sus seis hermanos. “Creo que hubiera hecho una carrera brillante”, asegura Christie. Al menos se ocupó de que le ocurriera a él desde los cimientos por medio de su formación en casa y en el conservatorio en Búfalo.

Sus primeros recuerdos sensoriales tienen que ver con un piano en el salón. Después, con el coro que dirigía su madre en la iglesia, donde desde muy joven William tocaba el órgano. Ya entonces le seducía más la música antigua y barroca que los repertorios clásicos y románticos. Bach, pero también François Couperin, concretamente las *Leçons de ténèbres*, que su madre le regaló en disco. “Aquello cambió mi vida, como también la primera vez que ella me llevó a ver *El Mesías*, de Händel, con la Orquesta Sinfónica de Boston”.

El camino de su especialidad comenzaba a delimitarse además con los ecos de nombres como Lully, Charpentier, Rameau, antes de que ingresara en las universidades de Harvard y Yale. Pero no como única vía. Más bien como destino al que llegar después de haber transitado por otros cruces. “Me formé con Beethoven, Schumann, Mozart, Rachmaninov, cierto, me atraieron e interpreté con diferentes grupos a compositores contemporáneos, pero ya como estudiante de grado superior mi interés principal se centraba en el Barroco y la música antigua, con especial interés hacia el repertorio francés”.

De ahí que al salir hacia su exilio tuviera muy claro hacia dónde y una voluntad determinada después de dudas iniciales. “Yo era muy buen alumno. También me interesó la Medicina o la Bioquímica, que estudié junto a Historia del Arte y varios cursos de música en Harvard. Pero algunos profesores allí me ayudaron a convencerme de que abriera los ojos. Me dijeron que, si no acababa dedicándome a la música, no sería feliz. Era lo único que realmente me apasionaba, insistían ellos”.

Cambió a Yale para especializarse y se puso en manos del clavecinista y musicólogo Ralph Kirkpatrick. Que de su mano se adentrara en el arte de Bach o Scar-

PERFIL

latti guiado por uno de los mayores expertos mundiales en la materia, afrontarlo recién salido de otra torre de marfil, como era entonces Harvard, no significa que el joven músico anduviera desconectado del mundo. Al contrario: vibraba con el presente convulso, entre su aire *hippy*, traumatizado por la amenaza nuclear, pacifista y crítico con el expansionismo militar de su país. Trataba de comprenderlo y atemperarlo por medio de sus inmersiones en el pasado. Christie ha sido un ejemplo de cómo armonizar mundos y tiempos paralelos. Cuando viaja, vive el presente. En Thiré se recluye en épocas remotas a base de una atmósfera pétrea y vegetal de cuadros dieciochescos con motivos musicales, retratos de compositores, mobiliario, artesanía, libros, utensilios que datan de siglos atrás y que logran una atmósfera cálida en invierno al compás del chasquido permanente que brota de sus chimeneas.

En EE UU había conectado con los círculos musicales que le retrotraían a lo remoto, pero no dejó de lado las protestas ni la conciencia política mientras escuchaba también a Janis Joplin o a Jimi Hendrix. Al llegar a Francia se inmiscuyó en círculos intelectuales de derecha e izquierda para tomar el pulso de su nueva etapa. Estuvo en contacto con Daniel Cohn-Bendit, alias *Dani el Rojo*, y sus amigos, que digerían la resaca del 68. El país fue para Christie un paradigma de la acogida: “Eran mucho más abiertos que ahora a quienes llegaban de fuera”, recuerda. Eso ayudó a que se adaptara y se convirtiera, asegura, “en un buen francés”.

Tanto que forma parte de la Academia de Bellas Artes francesa, donde ocupa desde 2010 el sillón que perteneció a Marcel Marceau. Alguna vez, el presidente, Macron, le ha invitado a cenar en el Elíseo. “Con él se puede hablar de cualquier tema interesante; en cambio, jamás aceptaría una invitación de Donald Trump a la Casa Blanca. ¿De qué podría conversar con alguien que no sabe en qué época vivió Beethoven?”.

La conciencia del contexto resulta fundamental para alguien como Christie. Ha pasado gran parte de su vida armonizándolos. Primero, mediante su estudio, en sus búsquedas personales. Después, con la interpretación colectiva, en conjuntos, prosiguió en su etapa de estudiante con varios estilos y cristalizó en su formación: Les Arts Florissants, creada en 1979. “A mí nunca me sedujo la idea del intérprete solista. Siempre he querido hacer música en grupo. El nuestro surgió del convencimiento

Los arbustos de los jardines de Thiré los diseña el propio William Christie, con ayuda del paisajista John Hoyland.

Formado en Harvard y Yale, Christie huyó a Francia para evitar ser reclutado para la guerra de Vietnam



de que podíamos aportar algo mejor a la interpretación de la música barroca y antigua: diferenciarnos y convertirnos en referencia en el repertorio francés o abordar de manera distinta a Bach, Händel y Monteverdi”.

La corriente historicista de interpretación comenzó en los años cincuenta y se expandió por toda Europa como una necesidad colectiva. Entonces, la música renacentista apenas era un tímido murmullo, la barroca había sido desnaturalizada por instrumentos ajenos a su tiempo y necesitaba recuperar la autenticidad de su sonido. Cuando diversos artistas resucitaron esos tesoros perdidos con instrumentos de la época en que fue compuesta cada obra, el público notó una diferencia fundamental. Nombres como Gustav Leonhardt en Holanda, Nikolaus Harnoncourt en Viena, Christopher Hogwood o John Eliot Gardiner en el Reino Unido y Jordi Savall en España, entre otros pioneros, se habían comprometido con esa tarea. Christie y Les Arts Florissants quisieron formar parte de ese movimiento y se convirtieron en otro referente mundial. “En un momento determinado quise volar por mi cuenta y lo creé. Para eso debes convencer a otros de que tienes mejores ideas en cuestión

de fraseo, por ejemplo, interpretación, utilización de los instrumentos... En resumen, un camino propio para dotar de otra elocuencia a ese tipo de música”. Buscaban un renacimiento del sonido: “Una nueva verdad musical. No puedes plegarte a una sola, dogmática. La que se traslada en algunas escuelas, una única y sin discusión, como la que transmiten en muchos conservatorios a sus alumnos con el argumento de que es el único camino para ser contratados en una orquesta”. Por eso trató de imponer nuevos métodos en París o en la escuela Juillard, de Nueva York, donde fue pionero a la hora de enseñar estos repertorios.

Pero también ahí ha buscado su propia plataforma, como la iniciativa de Le Jardin des Voix. “Lo fundé porque siento la necesidad física de enseñar”. En eso vivió un paréntesis al no poder compaginarlo con su actividad de intérprete y las giras. Dio clase en el Conservatorio de París entre 1982 y 1996, lo compaginaba con Juillard. “Apliqué mi propio método, sin examen de entrada o final. Pronto se convirtió en un éxito, todo el mundo quería apuntarse. Algunos, casi clandestinamente, sin que se enteraran otros profesores. Despertaba auténticas enemistades entre los docentes”.

Siempre se tomó muy en serio el reto intelectual que supone la enseñanza. “Tengo mi propia visión a la hora de destapar el sentido que necesita la música. Debes hacerte preguntas básicas acerca del estilo, de las necesidades que demanda el texto, cómo debe ser pronunciado, silabeado. Un conservatorio convencional no te llevará más lejos de lo que dice la partitura. Influye todo en una buena interpretación. La naturaleza del instrumento y las notas escritas, pero debes aplicarlas a un cóctel de otros factores para convertirla en algo exquisito”, explica. Conocer los límites para respetarlos y superarlos también. “Sin ese equilibrio no llegarás a conseguir tu propia voz ni tu personalidad. Hay que ambicionar una libertad total, afrontar el debate entre la libertad y la lealtad, combinadas”.

En Thiré, Christie ha implantado un campus estacional que quiere convertir en algo abierto y activo todo el año. Los exquisitos tentáculos de Les Arts Florissants tienen el pueblo tomado. Han decidido restaurar la iglesia, han construido un barrio de los artistas, adquiriendo casas para distintas residencias. En el centro de todo, reina el jardín del maestro Christie, esa arcadia con parterres de madera de boj, elegantes arbustos moldeados en figuras que parece van a cobrar vida propia después de una concienzuda técnica de podado, senderos que marcan el rumbo hacia los rosales, los tulipanes y las magnolias. La construcción de un refugio armado de esencias y armonía que le representan y expresan quién es: “Este jardín soy yo. Es la mejor expresión de mí mismo”. —EPS



Estás a un máster de ser un experto en periodismo digital

PRISA MEDIA y UNIR se unen en el Máster *online* en Proyectos Periodísticos Digitales Avanzados

El periodismo evoluciona tan rápido como las nuevas tecnologías y este máster te da las herramientas imprescindibles para que tus trabajos tengan el impacto que buscas. Desde abordar un nuevo proyecto hasta lanzar un producto digital de éxito usando las últimas técnicas y formatos.

No te pierdas las clases magistrales impartidas por profesionales de PRISA MEDIA, como Manuel Jabois, Kiko Llaneras, Mónica Ceberio, Andrea Rizzi, María Jesús Espinosa de los Monteros...

Además, podrás realizar tus prácticas en EL PAÍS, AS, la Cadena SER o LOS40 aprendiendo de los mejores profesionales en activo. ¿Te lo vas a perder?

Infórmate aquí



EL PAÍS

PLACERES



EL OBJETO

Una obra de arte en la cocina

FOTOGRAFÍA DE JUAN CARLOS DE MARCOS
ESTILISMO DE PAULA DELGADO

FRANK GEHRY LO ha hecho todo en el mundo de la arquitectura. Desde el Museo Guggenheim de Bilbao hasta el Walt Disney Concert Hall de Los Ángeles, pasando por la Casa Danzante de Praga y el edificio 8 Spruce Street de Nueva York. Sus diseños deconstructivos, de líneas imposibles y curvas audaces, se pueden ver en las principales ciudades del mundo, pero también en sitios más insólitos, como la localidad vasca de Elciego, el canal de Panamá, Las Vegas y, desde ahora, también en su cocina. Gehry, de 95 años, ha creado este hervidor de acero inoxidable para la firma Alessi. Bautizado como Pito, este hervidor con asa y tapón melódico de caoba es por el momento el único proyecto diseñado por el gran arquitecto californiano para la empresa familiar italiana famosa por sus objetos divertidos y lúdicos para la cocina, contruidos en plásticos de colores y acero. Todo el lenguaje de Gehry, fuertemente innovador y de notable talento plástico, al servicio de un taza de té bien caliente. —EPS





Arriba, la artista Nuria Mora posa con bata de seda en su casa madrileña. En la página anterior, vista del salón, con sofá recuperado y retapizado, al igual que el baúl en tartán debajo de la escalera; flexo de pinza naranja, de un almacén mallorquín; y mesa de centro recogida de un contenedor, proveniente del vecino teatro Apolo.

PLACERES
DECORACIÓN

LA CASA QUE NUNCA ACABA

La artista plástica Nuria Mora ha dado forma en su dúplex del barrio madrileño de Lavapiés a la que quizá sea su obra más ambiciosa, compleja y personal, también fascinante: una vivienda en la que convive feliz con piezas de diseño contemporáneo, recuerdos familiares, artesanía popular, mucho arte y su perro *Chocolate*.

por Andrés Rubín de Celis
fotografía de Asier Rua

MIS ABUELOS TENÍAN una casa bonita, y mis padres también”. La artista plástica Nuria Mora (Madrid, 50 años), quien en su día fuera pionera del arte urbano en nuestro país, echa la vista atrás para comenzar a hablar de la suya, un dúplex en pleno corazón del barrio madrileño de Lavapiés, a dos pasos de la renombrada plaza de Arturo Barea, con su mercado de San Fernando. “Mi tatarabuelo y abuelo maternos”, continúa, “fueron pintores, y mi padre es arquitecto. De ellos recibí una caja de herramientas virtual que ha hecho que yo también crezca en casas bonitas, algo que va afianzando una necesidad intrínseca de vivir rodeada de belleza. Ahora, se trata de una belleza tan natural y personalísima que es difícil definirla... No tiene nada que ver con estándares ni cánones y sí, por el contrario, con encontrarle el punto a cosas a las que yo les veo un alma y un sentido, que habrá quienes no. Cosas que en un determinado momento llegan a obsesionarme”.

No hace falta ser muy observador para darse cuenta de ello. De reducidas dimensiones —descontando el espacioso vergel exterior, un verdadero lujo en el centro de la capital—, el apartamento muestra, aquí y allá, un dispar conjunto de piezas tan atractivas como personalísimas: una esbelta jarra de cristal de Mura-

no con forma de gallo; dos pequeños cuencos nórdicos de bronce pulido, pareados; un colorido grupito de jarrones de cerámica europea *vintage*; una docena de clavos de hierro del siglo XIX rescatados de un derribo; todo tipo de labores de costura, tanto antiguas y heredadas como actuales (algunas cosidas por ella misma); un antiguo aplique de la época dorada del hotel Ritz; una pareja de estilizadas butacas italianas que bien pudieran ser del gran Gigi Radice; una lámpara Tatu, del maestro André Ricard, roja sobre un velador de hierro lacado en verde; un baúl centenario encontrado en la calle..., sin olvidarnos de sus posesiones más preciadas: una silla negra diseñada por su abuelo Miguel y la lámpara veneciana de su abuela Nieves.

“Esta mezcla de objetos familiares y piezas muy diversas pero muy seleccionadas, compradas poco a poco a anticuarios y artesanos, o rescatadas de mercadillos y contenedores de obra, me ha acompañado siempre. Mi casa es pura espontaneidad, y en ella todo tiene una línea de tiempo que me permite saber no solo de dónde vienen, también por qué están aquí conmigo”. Mora parece querer desdecir a aquel Walter Benjamin que juzgaba la liberación de los objetos de su envoltorio —y, por tanto, cuya aura, lo irrepetible de ellos, ha sido destruida— un rasgo distintivo de las sociedades que

1. Vajilla de Fajalauza (Granada) mezclada con cuencos comprados en Tulum, Virgen de San Miguel de Allende y cuadros de cuerdas huicholes (México).
2. Vista del comedor, con lámpara de araña de cristal de Murano, mesa *vintage* y sillas españolas, italianas y nórdicas, combinadas.
3. Detalle de la escalera central, típica madrileña, de la casa.
4. Tazas inglesas con motivos florales de Royal Albert, regalo de su abuela materna.

idolatran la novedad, la homogeneidad, la asepsia y una falsa perfección. Como la nuestra. Y quizá para rebajar la intensidad del momento, añade divertida: “Y eso que ahora está aligerada, depurada. Mucho menos afectada que hace unos años”.

La conversación llega a otro punto álgido cuando hablamos de la importancia de su visión como artista en la definición del cuerpo y alma de su hogar: “Mi casa es una extensión de quién soy yo y de dónde vengo, y el hecho de ser artista tiene mucho que ver, claro. Estoy acostumbrada a trabajar con la inspiración, intentando sublimar aquellas cosas con las que me voy encontrando en la práctica..., y todo pasa por mis manos. Demuestro mi profunda admiración por el saber hacer artesano desde mi práctica, pero también a través del apego que siento por los objetos con los que quiero vivir y que me acom-

“La mezcla de objetos familiares y piezas muy diversas pero muy seleccionadas me ha acompañado siempre. Todo tiene una línea de tiempo que me permite saber de dónde vienen y por qué están conmigo”



1



2



3



4



1



2



3



4

1. En otra vista del salón, Nuria Mora posa sentada con su perro *Chocolate* en una butaca italiana de los años cincuenta comprada en El Rastro madrileño.
2. Lágrima de cristal de roca de una lámpara de araña colgada en el jardín de la terraza para espantar a los pájaros.
3. En su dormitorio, ubicado en el piso superior, flexo *vintage* del estudio de arquitectura de su padre, y, en la pared, acuarela familiar en papel de arroz y aplique circular de cristales hecho por Mora.
4. Un rincón de la cocina de la casa de la artista.

pañan. Soy delicada y bruta a partes iguales, capaz de emocionarme con una delicadísima pieza de porcelana de Limoges y también con un aislador eléctrico antiguo de cerámica. No lo puedo remediar, y tampoco es algo impostado. Como mi arte, nace de una pulsión profunda y brota. Y funciona como hilo conductor tanto en mi obra como en mis casas”.

Es importante señalar que de un tiempo a esta parte el desarrollo de su multidisciplinar actividad creativa —artística fundamentalmente, pero con significativas incursiones en la artesanía y el diseño que la han llevado a colaborar con firmas de la talla del gigante sueco Ikea, Loewe, BSB, Grassy o Dac Rugs— sigue una línea imaginaria, un eje, que atraviesa de manera transversal toda su producción, difuminando fronteras y convenciones hasta hacerlas desaparecer, y su hogar —un proyecto

absolutamente personal— no es ni mucho menos una excepción. “Esta casa la reformé yo misma con mi padre, arquitecto como te he dicho. Dejamos la caja lo más simple y diáfana posible, y no hubo un proyecto decorativo premeditado, sino una intervención entendida como un proceso a lo largo del tiempo”.

Hasta aquí todo claro, pero vayamos un paso más allá. Y ¿qué papel juega el arte en casa de una artista? “El arte siempre suma. Y tiene una cualidad muy poco habitual: la de hacernos vibrar. Una casa con arte es más casa, más hogar. Porque nos conecta con lo que nos distingue de los demás animales: la combinación de intelecto y sentimientos que nos caracteriza”.

Y entonces nos levantamos de la mesa donde conversamos para ver de cerca algunas de las piezas que atesora, que quiere enseñarnos. Entre ellas hay flechazos, algún regalo, muchos intercambios con colegas y aún más recuerdos. Obra de Sonia Delaunay, obsequio de su padre; de su admirado Rafael Canogar; de Eltono, con quien hizo pareja artística en sus inicios; de Nicholas Woods y Sean Mackaoui, pero también de su tío Carlos, pintor como ella, e incluso dibujos de su padre. “Dónde pones tu dinero, tu interés y tus intenciones nos define. Mucho más que a qué partido votas, por ejemplo. Y para mí es importante predicar con el ejemplo”, concluye.

Un coleccionismo muy particular, entendido como gesto filosófico y no como voluntad de posesión ni, por supuesto, como ostentación de ningún tipo de estatus. Nada sacralizado, en fin. “Paradójicamente a lo que pueda parecer, soy bastante desprendida. Si algo se rompe no pasa nada, y si un amigo o amiga se enamora de algo, se lo regalo. A lo material le doy el espacio justo, no más”. También se nota. Nuria Mora vive feliz —y ocupadísima, ya que nos atiende mientras trabaja en cuatro exposiciones que coinciden en la primera mitad del recién inaugurado año: un solo *show* en su galería madrileña, Río & Meñaka, y tres colectivas, en Milán (Galleria Patricia Armocida), Reggio-Emilia (Spazio C21) y Bilbao (SC Gallery)— entre tesoros y recuerdos personales en una casa que es, de hecho, una obra tan reconocible como sus explosiones de colorida geometría o sus poliédricos tótems.

Como ella misma señala, parafraseando a su colega y amigo el artista Sixe Paredes, “la pintura, como la casa, es a la vez un lugar donde esconderse, donde refugiarse, y que está a la vista de todos”. “Yo empecé pintando en la calle, donde un día descubres que han borrado tu obra”, explica Mora. “Y entonces te pones a pensar en crear otra, la siguiente. Con mi casa ha pasado algo parecido: aunque ha cambiado poco con los años, es una obra en constante evolución”. —EPS

“El arte siempre suma en una casa. Y tiene una cualidad muy poco habitual: la de hacernos vibrar. Porque nos conecta con lo que nos distingue de los demás animales”



Clásico americano. Mucho antes que Ralph Lauren y Tommy Hilfiger ya existía Gant, quintaesencia del estilo *preppy* desde hace 75 años. El diseñador sueco Christopher Bastin es el responsable de la resurrección de una de las marcas más idiosincrásicas de Estados Unidos.

POR MARTÍN BIANCHI
FOTOGRAFÍA DE MATTIAS BARDÁ



En esta página, camisas *vintage* del archivo de Gant, producidas por la marca a lo largo de estos 75 años. Debajo, imagen de una campaña antigua. Gant fue la primera firma estadounidense en incluir las camisetas de rugby en sus *looks* de ropa informal. En la página anterior, Christopher Bastin, director creativo de Gant, en las oficinas de la marca en Estocolmo.



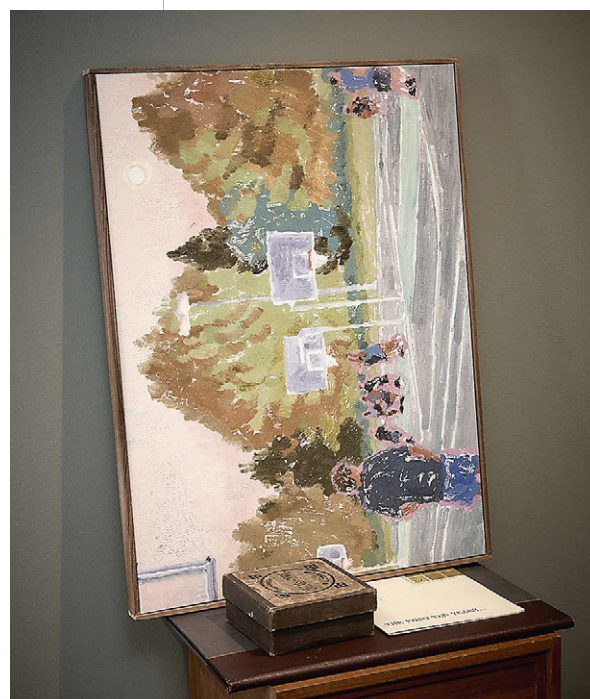
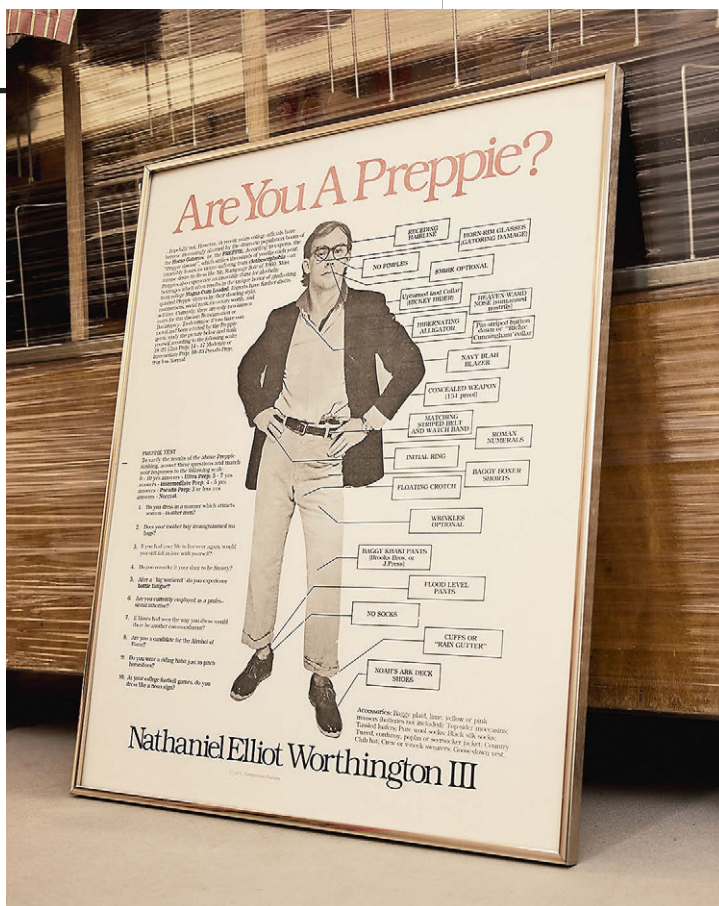
CHRISTOPHER BASTIN (ESTOCOLMO, 51 años) tiene una primera edición de *Take Ivy*, libro de culto de 1965 en el que el fotógrafo japonés Teruyoshi Hayashida documentaba la vida de los estudiantes pijos en las elitistas universidades de la Ivy League estadounidense durante la posguerra. Bastin, que es director creativo de la firma Gant, guarda su ejemplar, autografiado por el propio Hayashida, en su casa, en una caja de cristal. *Take Ivy* no es la Biblia de Gutenberg, pero muchos en el mundo de la moda lo consideran la biblia del estilo *preppy*, las santas escrituras del ideario estético estadounidense: camisetas de rugby y polos, chaquetas *varsity*, pantalones chinos y caquis.

Bastin suele visitar este libro por una buena razón. Muchos de los jóvenes que aparecen en sus páginas paseando por los campus de hiedra perenne de Harvard y Yale llevan las camisas Oxford que convirtieron a Gant en un gigante textil en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado. “Si eres un *ivy nerd*, una primera edición de *Take Ivy* firmada es el equivalente sartorial a tener los Manuscritos del Mar Muerto autografiados por Dios. Gasté mucho dinero en esta copia. Ni le he dicho a mi esposa cuánto me ha costado”, reconoce el diseñador en videollamada. “Cuando se publicó, en la década de 1960, ninguno de los estudiantes de esas universidades era consciente del estilo que representaba. Tuvo que venir un japonés obsesionado con la estética americana para poner todo eso en

valor”, explica desde las oficinas de la marca en Estocolmo.

Algo parecido ha ocurrido con Gant. Tuvo que llegar Bastin, un sueco, para poner en valor la historia de una de las marcas más americanas de Estados Unidos, uno de los pilares fundacionales del estilo pijo yanqui junto a Brooks Brothers y J. Press. El diseñador es director creativo de Gant desde 2019, pero lleva 20 años vinculado a la firma y es el responsable de haberla revitalizado.

“El estilo *preppy* no pasa de moda porque es muy democrático. Nunca vas a parecer un payaso, nunca vas a parecer aburrido”



Cuando Christopher Bastin llegó a Gant, hace 20 años, la marca no tenía archivo. El diseñador ha conseguido construir uno con más de 2.000 piezas y referencias, desde camisas hasta campañas publicitarias. Arriba a la izquierda, el icónico póster *Are You a Preppie?*, guía del estilo *preppy*, creado por un estudiante de la Universidad de Virginia en 1979. Abajo a la derecha, detalle de un rincón del archivo.

Cuando llegó a Gant, Bastin descubrió que no había archivo y se obsesionó con encontrar cada pieza de la historia de la marca. “Ha sido como una expedición arqueológica”, dice. Tras cientos de viajes y de compras en eBay y en tiendas de ropa *vintage* de todo el mundo, ha conseguido construir un archivo con más 2.000 piezas y referencias. La mayoría de ellas son camisas, porque durante tres décadas Gant fue eso, una firma de camisas. En el archivo también se guardan campañas publicitarias y catálogos antiguos y discos de The Gants, una banda de rock de los sesenta que siempre vestía de la marca. “Nunca tendré todas las piezas del puzzle. Es un juego que no acaba. Cuando mis hijos se van a dormir, me pongo a buscar camisas viejas en internet y a bucear en la historia de la marca”, dice.

Gant fue fundada en 1949 por Berl Gantmacher, un inmigrante judío de origen ucraniano que llegó a Estados Unidos a comienzos del siglo XX con la ambición de hacer realidad el sueño americano. Empezó cosiendo camisas en el Garment District de Nueva York y 20 años después abrió su propia fábrica en New Haven, Connecticut, una de las capitales americanas de la confección de ropa, sede de la Universidad de Yale y epicentro de la cultura WASP —acrónimo que en inglés define al grupo de blancos anglosajones y protestantes de clase alta—.

Las camisas de Gantmacher no tardaron en convertirse en las favoritas de los alumnos de Yale y en objeto de deseo para todo aquel que aspirara a ser un *wasp*. Los hijos del empresario, Marty y Elliot, siguieron el negocio hasta los años ochenta, cuando la marca pasó a manos de un grupo sueco. Ralph Lauren, hijo de inmigrantes judíos como Marty y Elliot y criado en el Nueva York de los cincuenta, se inspiró en Gant y en la estética de la costa este americana para crear su imperio. Pero, según Bastin,

ya no queda mucho de ese estilo *preppy* original en las calles de Nueva Inglaterra. “He ido muchas veces a esa parte de Estados Unidos y cada vez se ve menos de todo eso”, admite.

Bastin se considera más un curador que un diseñador. De hecho, no estudió diseño. Él quería ser músico, hasta que con 17 años se dio cuenta de que no iba a llegar a ser una estrella de rock y empezó a trabajar en una tienda de ropa en Estocolmo. Se volvió un experto en el *denim vintage* en un momento, la década de 1990, en que ese material estaba de moda para marcas en expansión como Diesel. Fue entonces cuando el gigante textil sueco H&M llamó a su puerta. “Se me acercó un ejecutivo y me dijo: ‘El otro día estaba en la tienda y me vendiste un par de *jeans*. Sabías mucho sobre ellos. Necesitamos a alguien como tú’. Así empecé”, recuerda.

Trabajó en el área de desarrollo de productos y compras de H&M y de ahí saltó a la marca sueca Acne. “Llevaba los bocetos de los diseñadores a los proveedores para ver cómo podíamos convertir en realidad las prendas. Un día me di cuenta de que lo que de verdad me gustaba era diseñar”, explica.

En 2005, un amigo le animó a que se presentara a una entrevista de trabajo en Gant. Buscaban un diseñador de camisas. “Fui y les dije: ‘No sé qué hago aquí porque no soy diseñador’. Me respondieron: ‘Aquí nadie es diseñador y nos va bastante bien’. Ahora tiene un equipo de jóvenes creadores de todo el mundo con más formación que él. “Y más talento”, añade. “Yo aporté una visión y ellos la plasman”.

Gant ha vuelto a producir en Estados Unidos, algo que había dejado de hacer en 1979. “Llevábamos una década soñando con esto”

El diseñador no ve Gant como una marca de moda, sino como una compañía que vende un estilo. “Llevamos haciendo lo mismo desde 1949, cuando surgió la ropa deportiva americana. Mi trabajo es asegurarme de que la marca siga siendo relevante sin dejar de hacer lo que siempre hemos hecho”. Gant acaba de cumplir 75 años y su director creativo ha desarrollado una colección que reversiona algunas de las piezas más icónicas del archivo: una camisa a cuadros de los años cuarenta, otra de franela de los cincuenta, una camiseta de rugby de comienzos de los ochenta, una chaqueta de mediados de los noventa...

La colección aniversario llega en un buen momento para el estilo *preppy*, que ahora está tan de moda como cuando surgió en las universidades de la Ivy League. “No pasa de moda porque lo puede llevar todo el mundo, es muy democrático. Nunca vas a parecer un payaso, nunca vas a parecer aburrido. Es seguro, pero también puede ser arriesgado”, reflexiona Bastin. “El *preppy* puede ser más o menos colorido, más o menos ecléctico, más o menos minimalista, más clásico o más moderno. Puedes convertirlo en lo que tú quieras”.

La alta demanda de este tipo de prendas ha llevado a Gant a volver a producir en Estados Unidos, cosa que había dejado de hacer en 1979. “Llevábamos una década soñando con volver a fabricar en América. Y tardamos dos años en encontrar la fábrica correcta”, apunta. Ahora, algunas camisas son confeccionadas en un taller de Carolina de Norte que lleva más de medio siglo cosiendo prendas para Brooks Brothers. “Solo hacen eso, camisas, desde 1952. Es muy caro hacer esto, pero vale la pena. Ofrecemos una de las mejores camisas del mercado”, concluye Bastin. El sueño americano de Berl Gantmacher no ha acabado. —EPS

La mujer que sabe la edad de nuestro pelo

Miriam Quevedo ha revolucionado los tratamientos capilares con ingredientes como el oro y el caviar. Su marca triunfa en Asia y Estados Unidos con un discurso sobre el cuidado del cabello que habla más de folículos sanos que de melenas sueltas e hidratadas.

POR KARELIA VÁZQUEZ
FOTOGRAFÍA DE VICENS GIMÉNEZ



Una obra inspirada en la línea Black Baccara de Miriam Quevedo, del artista soplador Ferran Collado y Raquel Quevedo. A la derecha, la empresaria, en su casa de Vallromanes, en Barcelona.

QUEVEDO, UN APELLIDO castizo donde los haya, se ha colocado en las estanterías de productos de alta gama para cabello de grandes almacenes como Bloomingdale's, Neiman Marcus o los exclusivos Bergdorf Goodman de la Quinta Avenida de Nueva York. El apellido —difícil de pronunciar para algunos clientes más asiduos, a los malayos por ejemplo les sale algo parecido a *queveiro* o *queveido*— también está en los spas de cadenas hoteleras internacionales como Rosewood o Mandarin Oriental. La dueña del apellido y de la marca se llama Miriam, nació en Barcelona en 1974 y ha preferido no esconderse tras seudónimos italianos o anglosajones para triunfar con un producto de lujo. Quevedo le parece más que suficiente.

Hace unos meses, en un evento en Madrid, mucha gente hacía cola para ponerse bajo la lente de una microcámara capilar. El artefacto, creado por Miriam Quevedo, exploraba el cuero cabelludo y el estado de los folículos para, al final, calcular la edad real del pelo del interesado. Las noticias



“El cuero cabelludo es un microambiente que mucha gente piensa que no existe. El pelo envejece siete veces más rápido que la piel”

no eran buenas. Después de algunas averiguaciones, la edad promedio de las melenas de la cola rondaba los 52 años, incluso las de gente que aún no había cumplido 30. Una frase lapidaria de la empresaria lo explica todo. “El pelo envejece siete veces más rápido que la piel”. Por su experiencia, en torno a los 40 empezamos a preocuparnos por la salud capilar, que es todo lo que ocurre del cuero cabelludo hacia dentro. Eso que no vemos ni queremos ver es lo que su microcámara revela: un cuero cabelludo inflamado o con zonas enrojecidas, el estado de la fibra y del folículo. Miriam Quevedo lo define como “un microambiente que mucha gente piensa que no existe”. Y sí, reconoce que la gente se sorprende.

Quevedo recibe a *El País Semanal* en su casa de Vallromanes, a una hora en coche de Barcelona. La casa está en medio de la montaña y sus tres perros, *Puchina*, *Pancho* y *Agustín*, ejercen de perfectos anfitriones. Desde la pandemia la empresaria organiza su vida por bloques de colores: azul, trabajo; verde, naturaleza; rosa, amigas y energía femenina. Dice que durante muchos años sus días transcurrían en la zona azul, pero ahora está aprendiendo a equilibrar la paleta. Cuenta que creció en “un matriarcado”, su madre y cuatro hermanos pequeños. Ella, la mayor, pasaba muchas horas en el negocio familiar, una herboristería donde mezclaba ingredientes, preparaba infusiones de hierba y formulaba sus propios potingues. Allí aprendió buena parte de lo que sabe, pero quería volar alto. “Me puse a estudiar Empresariales y Económicas para ser una de esas ejecutivas que van con traje en lugar de estar con



las clientas de mi madre”, recuerda. Y lo consiguió. Una multinacional la contrató con la función de ejecutar transacciones monetarias internacionales. “A los seis meses era profundamente infeliz. El ambiente era gris y muy competitivo. Allí no iba a llegar a nada”, relata. Y la hija pródiga volvió a la herboristería. Por esa época entró en la ecuación Juan Manuel, un amigo de la infancia que es hoy su marido y padre de sus hijas, Blanca y Paula. Juan Manuel tenía un laboratorio que formulaba cosméticos profesionales para terceros y ese fue el espacio de experimentación para lo que luego sería la marca Miriam Quevedo. “Empecé a probar con ingredientes que entonces eran exóticos y preciosos, como el caviar, y a redondear concep-

tos como la antioxidación. Creé una línea de cuidado facial de 10 productos y nos fuimos a venderla a una feria en Italia”. Para su sorpresa, sus potenciales clientes le preguntaban más por su pelo que por su piel y, concretamente, querían muestras del champú que usaba. “No me atrevía a revelar los ingredientes de mis potingues capilares, pero empecé a pensar que ahí, en el cabello, había algo”, reflexiona Quevedo, que no ha dejado de experimentar. Sin ir más lejos, hace unos días probó un “potingue de linaza” en el pelo de toda la familia.

Sus primeros clientes con inquietudes capilares fueron de Rusia y Ucrania. Era 2007. Quevedo identificó “cierta preocupación por el cabello”. Hoy es una obsesión global exacerbada durante la pandemia. Se puso a estudiar, habló con dermatólogos y expertos en tricología, también empezó a trabajar en la creación de productos para rejuvenecer la fibra del cabello y desinflamar el cuero cabelludo. “Era

“Lo mejor es no hacerse nada en el pelo..., aunque yo me tiño las canas”, dice Quevedo. “Digamos que si te vas a teñir es mejor empezar a los 20 años que a los 15”



Quevedo toma apuntes a mano para hacer sus formulaciones. La empresaria ha empezado a dedicar más tiempo a sus *hobbies*, algunos de ellos recién adquiridos, como hacer encaje de bolillo. En la foto de la derecha, pinta. Abajo, con uno de sus tres perros.



un enfoque muy novedoso, creo que apenas se había desarrollado el concepto de envejecimiento del cabello en cosmética, la gente no se paraba demasiado a pensar en la salud capilar”, dice. Entonces se convirtió en una experta en el asunto, dedicada a formular tratamientos enfocados en recuperar el grosor de la fibra capilar y en revertir los signos de envejecimiento del cabello.

Cuando le preguntas qué signos de envejecimiento capilar no deben ser ignorados, enumera: “Descamación, grasa, picores, caspa... son los más habituales. Yo me fijó mucho en la línea de nacimiento del cabello. Si ya no está bien definida, lo considero un signo de alerta”. Bajo la marca Miriam Quevedo hay líneas como Black Baccara para estimular el crecimiento y evitar la caída del pelo; Sublime Gold, para nutrir el cabello desde dentro, y Extreme Caviar, para las necesidades específicas del cuero cabelludo. A sus clientes les prescribe

rituales hechos a medida que se componen de entre tres y cuatro productos, e incluyen un masaje del cuero cabelludo a partir de los resultados del examen con la microcámara a la que es imposible engañar. En el Mandarin Oriental de Barcelona ha abierto un *hair spa*, una especie de templo donde practicar todos esos rituales para el cabello.

En su familia no funciona aquello de “en casa del herrero, cuchillo de palo” porque todos se cuidan mucho el pelo. Hace unos meses, Quevedo declaró la guerra a las mechas

que llevaba una de sus hijas. “Eran preciosas, no lo niego, pero el color estropea la queratina y rompe los aminoácidos. Cuando les da el sol se degradan. Pienso que lo mejor es no hacerse nada en el pelo..., aunque yo me tiño las canas”, confiesa. Y luego matiza: “Digamos que si te vas a teñir el pelo es mejor empezar a los 20 años que a los 15”.

Buena parte de su clientela vive y trabaja en Hollywood. “Allí ha ido mucho de boca en boca, y he aprendido con ellos que el cabello de los actores y las actrices es de los más sufridos: muchas horas de secador y plancha o con peluca o rodando en una piscina llena de cloro. Ese pelo se estropea mucho más que el de otros clientes”, observa Miriam, que más de una vez ha ejercido de psicóloga de estos clientes “potentes” a los que mantiene en el anonimato.

¿Alguna vez se ha arrepentido de haberle puesto su nombre y apellido real a una marca? “A veces es extraño, pero de momento estoy contenta”, responde. “Lo vivo con responsabilidad. Quiero saber hasta el último ingrediente de cualquier producto que lleve mi nombre”. —EPS

Albariño, la gran uva blanca ibérica

La capacidad de guarda de estos vinos y su adopción en distintas regiones vinícolas del mundo cimentan su prestigio. **POR AMAYA CERVERA**



Viñedo junto a un hórreo en Meaño (Pontevedra), en las Rías Baixas.

del político Manuel Fraga Iribarne, acérrimo defensor de la variedad al que se le atribuye la frase “O albariño é o mellor branco do mundo, e punto”. Luego, la entrada en Europa obligó a la utilización de una alusión geográfica que dio lugar a la actual DO Rías Baixas. Por aquel entonces, la superficie cultivada no alcanzaba las 300 hectáreas. Hoy, según datos del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, se superan las 6.500. Con algunos pequeños focos en Cataluña, Valencia y Castilla-La Mancha, la mayor parte está en Galicia y solo Rías Baixas tiene unas 4.500. Portugal, según cifraba en 2022 el Instituto da Vinha e do Vinho, cultiva 4.240 hectáreas.

La gran novedad de un tiempo a esta parte es que la albariño se está revelando como la variedad más exportable de la península Ibérica. Y eso que no empezó su periplo internacional con muy buen pie. A finales de la década de 2000 los australianos se llevaron un disgusto mayúsculo cuando descubrieron que casi todo lo que tenían plantado como albariño era en realidad savagnin, una de las uvas de la región francesa del Jura con tentáculos en España (es la madre de la verdejo y de la prieto picudo).

Hoy es más difícil que esto suceda porque la identificación de variedades se apoya en el análisis del ADN. Lo que prima es producir vinos que respondan a tendencias de consumo (los blancos están en alza) y trabajar

EL ALBARIÑO ES el vino del mar, el marisco, la acidez vibrante y la frescura. El nombre se lo da la uva con la que está elaborado: una casta de grano pequeño (sinónimo de concentración) y tonalidad verdosa que se va moteando ligeramente a medida que madura. Es una variedad de 10, con mucho de todo: aromas, estructura, acidez... Y algo en lo que cada vez se incide más, la capacidad de envejecimiento, porque es uno de los elementos que dan la medida de un gran vino.

Decir albariño lleva inmediatamente a Galicia, pero la variedad

está lejos de ser una exclusiva gallega o española. Al otro lado del Miño, con viñedos que se miran de orilla a orilla, está la alvarinho portuguesa que cobra todo el protagonismo en Monção y Melgaço, la subzona más septentrional de la región de Vinho Verde. De hecho, el origen de la variedad se ha situado habitualmente en Portugal por la mayor diversidad genética hallada en su viñedo.

El resurgir de la albariño gallega es relativamente reciente. El primer intento de protección en la región se produjo en los años ochenta con la aprobación del reglamento de una DO Albariño que contó con el apoyo

con castas que se adapten bien a las condiciones climáticas de cada región. De ahí que viñedos con clima oceánico y características similares a las del cuadrante noroccidental de la península Ibérica se hayan lanzado a cultivar la variedad y a producir sus primeros blancos con ella.

En 2023, la revista inglesa *Decanter* organizó una cata de albariños “no ibéricos” con vinos de Uruguay, Sudáfrica, Nueva Zelanda, Estados Unidos (desde California, Washington y Oregón a Virginia y Nueva York), Inglaterra y hasta el Languedoc-Rosellón francés. Dos años antes, Burdeos había autorizado el cultivo de la variedad como parte de un paquete de medidas para combatir el cambio climático.

La DO Rías Baixas fue muy reticente cuando Coto de Gomariz lanzó el primer blanco de albariño en Ribeiro, pero no se puede poner puertas al viñedo y hoy las variedades viajan a una velocidad acorde con su éxito y su prestigio. Su expansión, por otro lado, está permitiendo conformar una categoría internacional cada vez más consistente para la variedad.

Este marco más amplio debería ayudar a sacar partido al aprendizaje de décadas sobre suelos, ubicaciones, rendimientos, recipientes de vinificación y crianza, y todos los detalles que aportan precisión y ayudan a definir los estilos. Esto es ya muy evidente en el reforzamiento y desarrollo de las gamas altas en Rías Baixas, que inciden sobre todo en orígenes específicos (viñedos concretos o zonas con suelos y condiciones muy características), en la selección de uvas de calidad y, sobre todo, en la capacidad de desarrollo en botella de los albariños de calidad.

Hay muchos ya, de distintos precios y estilos, que pasan la prueba con nota. No hay que extrañarse de que en un restaurante recomienden ejemplos con dos, tres, cuatro o más años de botella. —EPS

LA BODEGA

Tres albariños de Rías Baixas que ganan con el tiempo



Calidad-precio Albamar

Blanco, Rías Baixas
Albamar
100% albariño
15,50 euros

La capacidad de desarrollo en botella del albariño básico que elabora Xurxo Alba en su pequeña bodega de Cambados, en el valle del Salnés, es la mejor prueba de la nobleza de la variedad. El estilo salino y depurado de la casa va ganando relieve con los años hasta llegar a la amplitud de una añada de buena madurez como 2016. Quizás no todos los años tengan una trayectoria tan larga, pero esta buena evolución convierte el vino en una excelente compra. La única condición es que hay que tener sitio para guardar.



Apuesta segura Tricó

Blanco, DO Rías Baixas
Compañía de Vinos Tricó
100% albariño
24 euros

Blanco de interior, de la subzona de O Condado, la más oriental de la denominación y próxima a Ribeiro. Desde la creación de la bodega por José Antonio López en 2007, la idea era hacer un albariño de guarda, con un año de crianza con lías y otro en botella. El consumidor debe darle al menos dos o tres años más. Un 2017 recientemente catado estaba espléndido, con futa madura, hierbas, sensaciones de piedra seca, brío y toques salinos. La etiqueta reproduce los dibujos del cuaderno del colegio de la madre de López.



Ikónico Pazo Señorans Selección de Añada

Blanco, DO Rías Baixas
Pazo Señorans
100% albariño. 54 euros

La marca pionera de los largos envejecimientos sobre lías en Rías Baixas (unos 30 meses en este vino) y de los albariños de guarda es uno de esos blancos a probar al menos una vez en la vida. La capacidad de desarrollo se ha demostrado en numerosas catas verticales, la última que recuerdo con vinos de 2005 a 2010. Suele desarrollar notas de hidrocarburo, almíbar, fruta de hueso y un interesante carácter de hierbas finas; todo ello sin perder la salinidad atlántica de los vinos del Salnés. La añada en curso es la de 2014.

Rosa Montero

Basta ya

YO FUI UNA de esas niñas que crecieron sintiéndose feas. Incluso muy feas. Recuerdo que, con 14 o 15 años, si iba por los pasillos del metro y alguien me piropeaba por la espalda (una costumbre habitual en esa época y en general muy desagradable, porque a veces eran flatterías y lindezas, pero a menudo llegaban a la más brutal agresión pornográfica), si alguien me piropeaba con amabilidad, repito, y apretaba el paso para verme la cara, yo volvía el rostro hacia la pared para que no se decepcionara al verme tan horrorosa. Ese bajísimo concepto de mi físico era sin duda una patología que, por desgracia, me temo que padecen y hemos padecido muchas mujeres. La empresa cosmética Dove lleva 20 años haciendo unos interesantes estudios sobre la percepción de la belleza. En el primero, de 2004, sólo un 2% de las mujeres se consideraron guapas, lo que quiere decir que el 98% restante se debían de creer feúchas, feísimas o espantosas, dependiendo del catastrófico nivel de autoestima que arrastraran. Más tarde las que se sentían bonitas subieron al 4%, lo cual sigue siendo una cifra demoledora.

Por fortuna yo mejoré con el tiempo mi autopercepción, aunque creo que la inmensa mayoría de las mujeres (menos ese bendito 4%) detestamos tontamente al menos alguna parte de nuestra anatomía. Lo prueba que, en el estudio de 2007, el 67% de las participantes dijeran que evitaban practicar determinadas actividades para que no se vieran sus defectos, como, por ejemplo, ir a la playa o a la piscina, o bien salir a comprarse ropa, e incluso, en algunos casos, participar en eventos sociales. Es decir, se odiaban y se escondían. Y para acabar de espeluznarnos, en 2024 hicieron el mayor estudio hasta la fecha, con 33.000 encuestados de 20 países, y entre otras lindezas descubrieron que dos de cada cinco mujeres estaban dispuestas a dar un año de su vida o más a cambio de alcanzar su belleza ideal y su peso adecuado. Por todos los santos, ¡un año de vida! (o más). No hay coste mayor. Cuánta desesperación y cuánto dolor se adivinan ahí detrás.

Sin duda en el aprecio universal de guapos y guapas hay algo genético. Resulta que los rostros y cuerpos más simétricos son los que nos parecen más bellos, y la simetría sería un indicativo de salud y de buena capacidad reproductiva, así que la atracción podría ser un

inconsciente mandato evolutivo. Pero somos criaturas sofisticadas, maldita sea; no somos pavos reales ciegamente entregados al embeleso de las plumas más brillantes. ¿O tal vez sí? Desde luego resulta desolador ver lo mucho que influye la belleza para el ascenso social y para la credibilidad de las personas. Con qué facilidad le atribuimos dotes personales, simpatía, bondad e inteligencia a un rostro bonito. Si yo te pongo ahora aquí la foto del estadounidense Jeffrey Dahmer (1960-1994), seguro que te parece un chico de lo más delicado, interesante, sensible. Pero el caso es que fue el llamado carnicero de Milwaukee, que violó, asesinó, desmembró (y, en algunos casos, se comió) a 17 hombres y adolescentes. Ayayay. No todos los guapos son lo que parecen.

Así que hay algo innato, pero más allá de esa tendencia el mundo actual ha construido un verdadero monstruo que nos está devorando. Idolatramos la belleza hasta la locura. Es una enfermedad social, un disparate que, por mucho que lo denunciemos, no hace más que crecer y crecer. Y las nuevas tecnologías lo están empeorando. Psicólogos y psiquiatras infantiles alertan de una nueva patología entre niños y adolescentes: a fuerza de usar filtros digitales que los embellecen en las pantallas, están dejando de reconocerse

Idolatrados la belleza hasta la locura. Es una enfermedad social, un disparate que no hace más que crecer y crecer



en la realidad. Como los vampiros, terminaremos cubriendo con lienzos negros los espejos.

La feroz tiranía de la belleza afecta también a los varones, desde luego (por ejemplo, los hombres cada vez se hacen más operaciones estéticas), pero no cabe duda de que las mujeres ganamos en esta tortura por goleada. La presión social nos tiene machacadas. Todos y todas arrastramos un prejuicio edadista y gordóforo hincado en algún rincón del cerebelo; véase el demencial guirigay en torno a Lalachus, o esas redes que insultan a actrices famosas de 60 años por el mero hecho de aparentar su edad. Basta ya. Todo ello me parece una fuente de dolor e inestabilidad mental incalculable. Un problema muy grave que habrá que empezar a tomarse en serio, a estudiar a fondo y a combatir. —EPS



CODEX CALIXTINUS

Universidad de Salamanca

S.XIV

FACSÍMIL del GRAN CÓDICE del CAMINO DE SANTIAGO

Siloé

arte y bibliofilia

**LA EDITORIAL MÁS
GALARDONADA DE ESPAÑA**

**20 Premios Nacionales del Ministerio
de Cultura. Modalidad Facsímiles**

**Premio Patrimonio Cultural Consejo
Cámaras de Comercio Castilla y León**

**4 Premios Fray Luis de León
al Libro Mejor Editado**

**Premio Fuera de Serie
revista de Expansión y El Mundo**

**Presentado
recientemente en
el Museo de las
Peregrinaciones de
Santiago de
Compostela**



La primera y más célebre guía de los peregrinos

- Edición facsimilar del código gemelo del robado en Compostela
- 246 páginas de 331 x 245 mm, en letra gótica libraria
- Varias miniaturas, numerosas capitulares y múltiples iniciales enriquecen el código
- Encuadernación artesanal en piel y volumen de estudios
- Edición limitada a 898 ejemplares numerados con certificación notarial



En Siloé llevamos casi 30 años recreando obras maestras

Siloé

arte y bibliofilia

Solicite información:
C/ Travesía del Mercado, 3
09003 BURGOS

947200520
siloe@siloe.es
www.siloe.es



**Patrimonio
a su alcance
para gozar
de por vida**



SANTOS
DE
Cartier